

NOVELA

Serguéi Dovlátov

LOS NUESTROS

La vida de una familia en
la Unión Soviética contada
con sarcasmo



Lectulandia

Los relatos de los súbditos de la Unión Soviética suelen ser dramáticos, como espantosa e injusta era la vida bajo el comunismo: persecuciones, exilios, encarcelamientos, despidos, torturas, ejecuciones, miseria, delaciones. Alexander Solzhenitsyn, Boris Pasternak, Víctor Kravchenko y otros muchos escribieron libros escalofriantes sobre el aplastamiento del ser humano.

Serguéi Dovlátov, autor de cuentos y novelas, emplea otro método para describir la maldad y la estupidez del régimen bolchevique: el sarcasmo aplicado a la vida cotidiana. A medio camino entre la novela y el cuento, Dovlátov nos habla en «Los nuestros» de personajes excéntricos y geniales que son sus parientes: abuelos, tías, primos... Pero el verdadero protagonista es el universo absurdo, caótico e infranqueable en que se mueven. Un lugar y un tiempo en el que encontrarse a uno u otro lado de la verja del campo de trabajo no suponía más que una mera formalidad.

Lectulandia

Serguéi Dovlátov

Los nuestros

La vida de una familia en la unión Soviética contada con sarcasmo

ePub r1.0

Titivillus 08.02.2018

Título original: *Hauu*
Serguéi Dovlátov, 1983
Traducción: Ricardo San Vicente
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

SERGUÉI DOVLÁTOV perteneció a la espléndida pandilla de jóvenes escritores que surgió en los sesenta al calor del «deshielo», tras la muerte de Stalin, y que prácticamente se esfumó —emigró, enmudeció y se disolvió en alcohol— en los setenta. De entre aquellos poetas, narradores e intelectuales de Leningrado que ignorando la cultura oficial decían vivir en Píter (Petersburgo) pocos quedan hoy. Al menos Brodsky y Dowlátov quemaron rápidamente su existencia dejando un destello que hoy ciega la grisura de una vida que los sobrevivientes recuerdan como una continua fiesta.

Dowlátov nació a los pocos meses de iniciarse la guerra, en 1941, en Ufá, donde su madre se encontraba evacuada. Ciudad donde, por cierto, se hallaba refugiada la Pasionaria con la cúpula del PCE, y también el escritor Andréi Platónov quien, como le gustaba creer a Dowlátov, expresó un día su admiración por aquel robusto bebé en su cochecito.

El niño creció y el joven de enorme estatura y aspecto imponente, hijo de actriz retirada y guionista de varietés, pasó por la Facultad de filología, donde duró poco, para ir a parar a la «mili». Le tocó servir en el cuerpo de guardias de campos de trabajo. Quién sabe si por sus aparentes cualidades físicas o porque el muchacho prometía, es decir, tenía muchos puntos para que lo encerraran, lo cierto es que fue a parar a un campo. La experiencia penitenciaria marcó al futuro escritor que por entonces, como muchos jóvenes rusos, jugaba con las rimas entre el lirismo y la ironía (como hoy se puede ver por la correspondencia con su padre, recientemente publicada). En las cartas, entre los «... estoy bien, mándame dinero...», ya aparece dibujado el estilo, breve, concentrado, con un humor teñido de lacónico sarcasmo, y el deseo entre etnográfico y visceral de contar lo que ve, de trasladar al papel una experiencia poco común, entre absurda e inquietante.

Lo que sería *Zona*, publicada años más tarde fuera del país, son unos cuadernos que lee a sus compañeros y en los que el mundo fantástico y abominable adquiere un tratamiento cotidiano a la vez que ya se dibuja claramente el *leitmotiv* del autor: nada distingue la vida de dentro de la de fuera del campo de trabajo correccional; las alambradas de espinos se extienden a lo largo de las fronteras de la URSS; verdugo y

víctima, preso y centinela son a la vez objeto y sujeto de la misma sinrazón. Son variantes del mismo patrón, el pueblo ruso, sometido a un experimento abominable y portentoso; un hombre ruso, sea el que fuera, al que el destino, el azar, la más pura casualidad colocan a un lado u otro del alambre de espinos. Tanto es así que en el último relato que escribe —*El viejo gallo asado en barro*— regresa al tema.

El mundo se aparece al narrador como un rico y confuso paisaje que el autor intenta narrar y en el que se pretende situar. Y el gran problema no es «el qué», ya sea el campo de trabajo, su profesión de periodista, su fabulosa familia o la vida neoyorquina de un emigrado, sino «el cómo»: cómo narrar un mundo indescifrable, que raya con la locura, cómo entenderse con él y en él. Si el mundo es absurdo, al menos debe tener una lógica, una coherencia que ordenará la trama de la narración.

Todas sus obras tratan de plasmar este imperceptible «cómo». Ya sea *El compromiso*, *Las montañas de Pushkin*, *La maleta*, *La extranjera*, *Filial* o su inacabada *Nevera*. Son ciclos de relatos en los que a fragmentos, a golpes de pincel, se forja frase a frase un texto que renace cada vez en su lectura en voz alta.

Tras la casi obligada emigración, la fama le llegará con la *perestroika*, cuando su obra puede por fin publicarse en la URSS. Pero él vive ya hace años en Nueva York (donde morirá en 1990), o mejor dicho en un barrio de emigrados rusos, la mayoría, como él, con algo de judío...

De allí al lector ruso le llegan los trazos breves y ensamblados de sus relatos, y al oyente de *Radio Liberty* (*Radio Svoboda* en ruso) fragmentos ácidos y pausados de la vida que su voz grave traza con parsimonia.

Oyendo, de entre los crujidos de la radio lejana —y más tarde de entre las hojas de sus libros que los piratas rusos reproducen sin cesar—, la voz profunda y serena de un narrador genial que se impone el rigor del contador de cuentos, nos llega el eco confeso de un Chéjov, o de alguien muy parecido que tras pasar unos años vendiendo cigarrillos en un pueblo perdido de indiana, o trabajando en una oficina de correos de Winesburg (ohio), parece haber vuelto a su Rusia natal, para al fin salir huyendo y morir no ya en el hotel de un balneario alemán, sino en una ambulancia que, aullando en medio de un atasco neoyorquino, ya nunca llegará al hospital.

RICARDO SAN VICENTE

CAPÍTULO I

NUESTRO BISABUELO Moiséi era un campesino de la aldea Sújovo. Un judío campesino es una combinación bastante rara, debo señalar. Pero en Extremo Oriente sucedían cosas así.

Su hijo Isaak se trasladó a la ciudad. Es decir, restableció el curso normal de los acontecimientos.

Primero vivió en Jarbín, que fue donde nació mi padre. Luego se instaló en una de las calles principales de Vladivostok.

Primero mi abuelo arregló relojes y todo género de utensilios domésticos. Después se dedicó a la tipografía. Fue algo así como un compaginador. Y al cabo de dos años se hizo con un colmado en Svetlanka.

Al lado se encontraba la tasca de Zamaráyev, «Néctar-Bálsamo». Mi abuelo visitaba a menudo a Zamaráyev. Los amigos bebían y charlaban de temas filosóficos. Luego iban a tomar algo al colmado del abuelo. Y después regresaban a la tasca de Zamaráyev...

—Eres un buen tipo —repetía—, aun siendo judío.

—Sólo lo soy por parte de padre —replicaba el abuelo—, ¡por la de mi madre, soy *holandio*!

—¡Fíjate tú! —expresaba su aprobación Zamaráyev.

Al cabo de un año se bebieron la tasca y se comieron la taberna.

Zamaráyev, que era ya viejo, se marchó a vivir con sus hijos, a Yekaterinburg. Mi abuelo, en cambio, se fue al frente. Había comenzado la guerra contra Japón.

En uno de los pases de revista de las tropas el zar se fijó en él. Mi abuelo medía cerca de siete pies de estatura. Podía meterse una manzana entera en la boca. Los bigotes le llegaban a los galones.

El soberano se acercó al abuelo. Y luego, con una sonrisa, le clavó un dedo en el pecho.

Lo trasladaron al instante a la Guardia. Era casi el único semita. Lo inscribieron en una batería de artillería.

Si los caballos no podían más, mi abuelo arrastraba el cañón por el pantano.

En cierta ocasión su batería participó en un asalto. Mi abuelo se lanzó al ataque.

Las piezas debían cubrir con su fuego a los atacantes. Pero los cañones callaban. Como se supo más tarde, la espalda de mi abuelo impedía ver las fortificaciones del enemigo.

Del frente, el abuelo se trajo un fusil y varias medallas. Según cuentan, hasta le dieron la Cruz de San Jorge.^[1]

Anduvo de juerga una semana. Luego se colocó de *maître d'hotel* en el restaurante «Edén». En cierta ocasión se las tuvo con un camarero poco hábil. Le pegó un grito. Y descargó un puñetazo sobre una mesa. El puño atravesó la mesa.

Al abuelo le disgustaba el desorden. Por ejemplo, la revolución no fue de su agrado. Más aún, retardó incluso su curso. La cosa fue así.

Las masas del extrarradio se lanzaron hacia el centro de la ciudad. El abuelo pensó que aquello era un pogromo judío. Sacó el fusil y se subió al tejado. Cuando las masas se acercaron, el abuelo se puso a disparar. Fue el único habitante de Vladivostok que se enfrentó a la revolución. No obstante, la revolución triunfó. Las masas siguieron su camino al centro por los callejones.

Después de la revolución mi abuelo recobró la calma. Se convirtió de nuevo en un humilde artesano. Y sólo de vez en cuando se hacía notar. Así cierta vez hundió la reputación de la marca norteamericana «Merher, Merher and Co».

La casa americana trajo a través de Japón unas «camas plegables»; aunque así las empezaron a llamar mucho más tarde. Por entonces eran toda una novedad. Llevaban el nombre de «Magic bed».

Aquellas camas plegables tenían un aspecto casi idéntico al de ahora. Un pedazo de lona de colorines, unos muelles y un marco de aluminio...

Mi abuelo, un hombre de ideas avanzadas, se dirigió al centro comercial. La cama se encontraba sobre una tarima.

—¡Contemplan esta novedad de nuestra casa americana! —gritaba el vendedor—. ¡El sueño del solterón! ¡Insustituible en los viajes! ¡El colmo del confort y del placer! ¿Quiere notarlo usted mismo?

—Sí, quiero —dijo el abuelo.

Se quitó las botas sin desatarse los cordones y se acostó en la cama.

Se oyó un crujido, los muelles cantaron. Y el abuelo apareció en el suelo.

El vendedor, con sonrisa imperturbable, desplegó otro ejemplar.

Se repitieron los crujidos. El abuelo soltó un sordo improperio y se frotó la espalda.

El vendedor abrió la tercera cama plegable.

En esta ocasión los muelles aguantaron, pero se doblaron en silencio las patas de aluminio. El abuelo aterrizó en el suelo con suavidad. Al poco rato el local se llenó de camas mágicas retorcidas. Trizas de lona de colorines colgaban por todas partes; los armazones doblados lanzaban pálidos destellos.

Después de regatear cierta compensación, el abuelo se compró un bocadillo y abandonó el lugar.

La reputación de la casa americana quedó por los suelos. La casa «Merher, Merher and Co.» se dedicó a vender arañas de cristal...

El abuelo Isaak comía mucho. No cortaba el pan a rebanadas sino a lo largo. Cuando alguien lo invitaba a comer, la abuela Raisa no dejaba de sonrojarse. Antes de acudir a la invitación, el abuelo comía en casa. Pero tampoco eso bastaba. El hombre doblaba las rebanadas de pan. Bebía vodka en las copas del agua de soda. Al llegar los postres pedía que no retiraran los platos. Y al volver a casa cenaba aliviado.

El abuelo tuvo tres hijos. El pequeño, Leopold, se fue siendo muy joven a China. Y de allí se trasladó a Bélgica. Pero él tendrá su propio relato.

A los mayores, Mijaíl y Donat, les atraía el arte. Abandonaron la provinciana Vladivostok y se instalaron en Leningrado. Allí los siguieron el abuelo y la abuela.

Los hijos se casaron. Al lado del abuelo parecían escualidos y poca cosa. Ambas nueras miraban con buenos ojos al abuelo.

En Leningrado se colocó de algo parecido a un administrador de inmueble. Por las tardes arreglaba relojes y fogones eléctricos. Seguía siendo extraordinariamente fuerte.

Cierta vez en el callejón Scherbakov un chófer lo insultó. Al parecer lo llamó cerdo judío.

El abuelo agarró el camión de tonelada y media. Lo detuvo. Apartó con un empujón al chófer que había saltado de la cabina. Levantó el camión por el parachoques y lo atravesó en el callejón.

Los faros del camión quedaron empotrados en el edificio de los baños. Y la parte posterior, en las rejas del jardín Scherbakov.

El chófer al darse cuenta de lo sucedido se echó a llorar. A ratos lloraba y a ratos amenazaba al abuelo.

—¡Te voy a dar con el gato! —decía.

—Atrévete... —le replicaba el abuelo.

El coche se pasó dos días en el callejón. Luego una grúa vino a retirarlo.

—¿Por qué no le diste simplemente en los morros? —le preguntó mi padre.

El abuelo se quedó pensativo y luego dijo:

—Me dio miedo cogerle gusto al asunto...

Ya he dicho que su hijo menor, Leopold, recaló en Bélgica. Una vez vino a vernos un hombre de su parte. Se llamaba Monia. Monia le trajo al abuelo un *smoking* y una enorme jirafa inflable. Más tarde comprendimos que la jirafa servía de soporte para sombreros.

Monia echaba pestes del capitalismo, se maravillaba de la industria soviética; luego se marchó. Al poco arrestaron al abuelo, por espía belga. Le cayeron diez años. Diez años sin derecho a correspondencia. Eso significa que lo ejecutaron. Tampoco hubiera sobrevivido. Los hombres corpulentos soportan mal el hambre. Y aún peor la humillación y el insulto...

Veinte años más tarde, mi padre tramitó su rehabilitación. Rehabilitaron al abuelo

por falta de delito. Y entonces uno se pregunta: si no hubo delito, ¿qué hubo? ¿Para qué segaron aquella vida disparatada y divertida?...

Aunque no nos conocimos, pienso en él a menudo. Por ejemplo, alguno de mis amigos comenta asombrado:

—¿Cómo puedes beber el ron en tazón?

Y al instante me acuerdo del abuelo.

O cuando mi mujer me dice:

—Hoy estamos invitados en casa de los Dombrovski. Come algo antes de salir.

Y de nuevo recuerdo a aquel hombre.

También me acordé de él en la celda de la cárcel...

Tengo varias fotos del abuelo. Mis nietos, cuando hojeen nuestro álbum, nos confundirán...

CAPÍTULO II

MI ABUELO materno se distinguía por tener un temperamento más que severo. Hasta en el Cáucaso lo tenían por persona irascible. Su mujer y sus hijos temblaban ante su sola mirada.

Si algo irritaba al abuelo, éste fruncía el ceño y exclamaba con voz profunda:

—¡TU UTAMÁ!

La misteriosa expresión literalmente paralizaba a quienes se hallaban a su lado. Les infundía un pavor místico.

—¡TU UTAMÁ! —exclamaba el abuelo.

Y en la casa se instalaba un silencio mortal.

Mi madre nunca llegó a descifrar el sentido de aquella expresión. Yo tardé muchos años en comprenderla. Sólo cuando fui a la universidad, inesperadamente, caí en ello. Pero ya no se lo expliqué a mi madre. ¿Para qué?...

Creo que el mal carácter de mi abuelo se debía a su peculiar educación. Su padre, un campesino, le pegaba con un leño. Una vez lo bajó a un pozo abandonado. Lo tuvo en el pozo un par de horas. Luego hizo bajar un pedazo de queso y media botella de vino. Y sólo una hora más tarde sacó al chico, empapado y borracho...

Tal vez por eso el abuelo creció tan severo e irritable.

Era un hombre alto, elegante y orgulloso. Trabajaba de empleado en la sastrería de Epstein. Con los años, se convirtió en el copropietario de la tienda.

Repito, era apuesto. Frente a su casa vivía la numerosa familia de los príncipes Chikvaídze. Cuando el abuelo atravesaba la calle, las jovencitas Eteri, Nana y Galatea Chikvaídze se asomaban a la ventana.

Toda la familia se sometía a él sin rechistar.

Él, en cambio, no se sometía a nadie. Incluidas las fuerzas celestiales. Uno de los duelos de mi abuelo con Dios acabó en tablas.

En Tiflís se esperaba un terremoto. Ya entonces existían centros meteorológicos. Además la gente se guiaba por las más diversas señales. Los sacerdotes iban por las casas e informaban a la población.

Los habitantes de Tiflís abandonaron sus casas llevándose las cosas de valor. Muchos dejaron incluso la ciudad. Los que se quedaron, prendieron hogueras en las

plazas.

En los barrios ricos los ladrones operaban tranquilamente. Se llevaban los muebles, la vajilla, la leña.

Sólo en una de las casas de Tiflís ardía la luz. O mejor dicho, en una de las habitaciones de la casa. Justamente en el despacho de mi abuelo. No quiso abandonar su hogar. Los parientes intentaron convencerlo, pero no tuvieron ningún éxito.

—Vas a morir, Stepán —le decían.

El abuelo fruncía disgustado el ceño y pronunciaba sombrío y triunfal:

—¡K-A-A-KEM!...

(Que se traduce, con perdón: «¡Me cago en vosotros!»).

La abuela se llevó a los niños a un descampado. Se llevaron de casa todo lo necesario, no se dejaron ni el perro ni el loro.

El terremoto dio comienzo al llegar la mañana. El primer temblor destruyó la torre del agua. En diez minutos se derrumbaron decenas de edificios. Sobre la ciudad se alzaban nubes de polvo rosado por el sol. Finalmente, los temblores cesaron. La abuela corrió hacia la casa, en la calle Ólguinskaya.

La calle estaba repleta de ruinas humeantes. Por todas partes sollozaban mujeres, ladraban perros. En el pálido cielo de la mañana volaban alarmados los pájaros. La casa había desaparecido. En su lugar la abuela vio, envuelto en polvo, un montón de ladrillos y maderas.

Y entre las ruinas, sentado en su hondo sillón, mi abuelo. El hombre dormitaba. Sobre sus rodillas tenía el periódico. A sus pies, una botella de vino.

—¡Stepán! —exclamó la abuela—. ¡El Señor nos ha castigado por nuestros pecados! ¡Ha destruido nuestra casa!

El abuelo abrió los ojos, miró el reloj y tras dar una palmada, ordenó:

—¡A desayunar!

—¡El Señor nos ha dejado sin casa! —salmodiaba mi abuela.

—¡Venga ya! —replicó mi abuelo.

Luego contó los niños.

—¿Qué vamos a hacer, Stepán? ¿Quién nos dará cobijo?...

El abuelo se enfadó:

—El Señor nos ha privado de hogar —dijo—, y tú nos dejas sin comer... Beglar nos acogerá. He sido padrino de dos de sus hijos. El mayor es un bandido... Pero Beglar es un buen hombre. Lástima que eche agua al vino...

—Dios es misericordioso —pronunció con voz queda la abuela.

El abuelo frunció el ceño. Juntó las cejas. Y luego, con aire sentencioso, pronunciando cada letra, soltó:

—No es verdad. El misericordioso es Beglar. Lástima que eche agua al vino...

—¡El Señor te volverá a castigar, Stepán! —exclamó asustada la abuela.

—¡K-A-AKEM! —respondió el abuelo.

Con la vejez su carácter se estropeó definitivamente. No se separaba de su pesado

bastón. Los parientes dejaron de invitarlo; los humillaba a todos. Insultaba hasta a quienes eran mayores que él, hecho muy raro en Oriente.

Ante su mirada, a las mujeres se les caían los platos de las manos. Los últimos años de su vida, el abuelo ya no se levantaba. Se quedaba sentado en su hondo sillón junto a la ventana. Y si alguien pasaba junto a él, el abuelo exclamaba:

—¡Largo, ladrón!

Y estrujaba el pomo de bronce de su bastón.

Alrededor del abuelo se creó una zona peligrosa de metro y medio. La longitud de su bastón.

A menudo trato de comprender por qué mi abuelo era tan hosco, qué lo había convertido en un misántropo.

Era un hombre con fortuna. Tenía una apariencia imponente, una salud de hierro. Cuatro hijos y una esposa fiel que lo quería.

¿Acaso no le gustaba el orden de las cosas como tal? Pero ¿todo él, o sólo en parte? ¿El paso de las estaciones del año?, por ejemplo; ¿o la inefable sucesión de la vida y la muerte? ¿La gravitación terrestre? ¿La contradicción entre el mar y la tierra? No sé...

El abuelo murió en circunstancias pavorosas. Su segundo duelo con Dios acabó en tragedia.

Diez años se pasó sentado en su sillón. En los últimos tiempos ya ni agarraba el bastón. Sólo fruncía el ceño...

(¡Oh, si la mirada pudiera ser utilizada como arma!...).

El abuelo se convirtió en un elemento del paisaje. Un detalle destacado e imponente de la arquitectura local. A veces los grajos se posaban en sus hombros...

Al final de nuestra calle, tras el mercado, había un barranco. Al fondo corría espumeante un riachuelo que bordeaba unas rocas grises y siniestras. Allí asomaban blanquecinos los huesos de los caballos sacrificados. Yacían restos de carros.

A los niños les estaba prohibido acercarse al barranco. Y las esposas les comentaban a sus maridos cuando volvían borrachos a casa al amanecer:

—¡Gracias a Dios! ¡Ya pensaba que te habías caído por el barranco!

Una mañana de verano, inesperadamente, el abuelo se levantó. Se puso en pie y echó a andar con paso firme, alejándose de casa.

Cuando el abuelo atravesó la calle, las gordas mujeronas Eteri, Nana y Galatea Chikvaídze se asomaron a la ventana.

Alto y erguido, el abuelo se dirigió al mercado. Y si alguien lo saludaba, no respondía.

En casa tardaron un tiempo en descubrir su desaparición. Así como tarda uno en darse cuenta de la desaparición de un álamo, una roca o un torrente...

El abuelo se acercó al borde del barranco. Tiró el bastón. Levantó las manos. Y dio un paso adelante.

Dejó de existir.

A los pocos minutos llegó corriendo la abuela. Tras ella, los vecinos. Todos daban voces y lloraban. Sólo al anochecer se apagaron los sollozos. Y entonces, a través del incesante rumor del torrente que rodeaba las sombrías rocas, pudo escucharse, lleno de desprecio y amenazador:

—¡K-A-A-KEM! ¡TU UTAMÁ!...

CAPÍTULO III

AL TÍO Román Stepánovich le gustaba repetir:

—¡En cuerpo sano, ídem mente!...

En su juventud fue un *kinto* de Tiflís. Palabra bastante difícil de traducir. Un *kinto* no es un gamberro, ni un borracho ni un holgazán. Aunque es un tipo que bebe, arma jaleo y no trabaja... ¿Puede que sea un «chulo»? No sabría decirlo.

Mi tío llevaba un cuchillo enorme. Desde joven le gustaba el vino «napareuli» y las rubias llenitas...

Tal vez la única cualidad de un *kinto* de verdad sea su labia. Mi tío se distinguía por tener un humor bastante peculiar. Así, por ejemplo, a los catorce años mi tío aguló la fiesta de aniversario de la república soviética de Georgia.

La cosa sucedió de la siguiente manera. En Tiflís se celebraba la señalada fecha, se conmemoraba por todo lo alto los siete años de la república. La enorme sala del Palacio de Cultura Karl Liebknecht estaba llena a rebosar. Las más altas autoridades pronunciaban sus discursos. Tras ellos, intervenían los representantes de las minorías étnicas. En nombre de los armenios intervenía mi tía Anelia, la hermana de mi tío. Anelia se pasó dos semanas preparando el discurso.

—Hace siete años... —empezó a decir.

La sala enmudeció.

—Ya hace siete años... —repitió la tía.

En la sala tintineó un número de guardarropa. Alguien se abría paso de puntillas entre las butacas.

—Ya hace siete años —pronunció con voz firme la tía Anelia.

A su espalda, el generalísimo entornaba con maldad los ojos, en un retrato. Se hizo un completo silencio.

Y entonces en la sala resonó la voz animosa de mi tío:

—Ya hace siete años que Anelia no encuentra marido.

La tía Anelia abandonó entre sollozos el estrado. El tío Román se pasó un día entero en la comisaría...

Antes de la guerra mi tío decidió ingresar en la universidad y hacerse filósofo. Una decisión más que natural en una persona carente de un objetivo concreto en la

vida. Toda la gente con una percepción confusa y nebulosa de la vida sueña con dedicarse a la filosofía.

El tío Román entregó sus papeles de ingreso a la universidad. El primer examen era de literatura rusa. El tío se dirigía a los aspirantes que iban saliendo de la sala y les preguntaba:

—Joven, ten la bondad. ¿Qué pregunta te ha tocado?

—Pushkin —le decía uno.

—¡Perfecto! —exclamaba mi tío—. Justo el que no me he estudiado.

—Lérmontov —le decía otro.

—¡Perfecto! —exclamaba mi tío—. Justo el que no me he estudiado.

—Gógol —le informaba un tercero.

—¡Perfecto! —exclamaba mi tío—. Justo el que no me he estudiado.

Finalmente llamaron al tío Román. Éste se acercó a la mesa, extrajo un billete y leyó: «La obra literaria de Griboyédov».

—¡Maldición! ¡Qué suerte la mía! —exclamó mi tío—. Justo el que no me he estudiado.

Cuando empezó la guerra, mi tío se sintió animado. En el ejército se valoraba a personas como él. Aun en tiempo de paz a mi tío le encantaban las peleas.

Regresó del frente con el grado de teniente coronel. La guerra hizo de él un hombre.

Como a todos los tenientes coroneles, a mi tío le encargaron la seguridad en el trabajo de una fábrica. (Los coroneles dirigen las secciones de personal).

Es posible que entendiera algo de seguridad en el trabajo, no lo niego. Sin embargo, consumía todas sus fuerzas en ejercicios gimnásticos en grupo. Mi tío organizaba travesías colectivas a nado. Dirigía las tradicionales carreras de esquí de fondo. Los campeonatos de balón volea. Salía en los periódicos.

A sus sesenta y tres años esquiaba a la perfección y podía salir bien parado de cualquier pelea.

—¡En cuerpo sano, ídem mente! —repetía a menudo.

A mí me despreciaba sin mayor miramiento. Yo no hacía gimnasia por las mañanas. No me bañaba con agua helada. Lo cierto es que siempre he odiado los movimientos bruscos. Y si alguien me ofende, intento hacer las paces.

Me han ofendido pocas veces, la verdad. En tres ocasiones en toda mi vida. Y las tres veces fue mi tío.

—¡Intelectual! —me gritaba—. ¡Carroña! Más que un hombre parece un trapo...

A la pregunta de cuál era su escritor preferido, mi tío respondía a la primera:

—¡Martin Eden!

Podía pasarse horas contando sus hazañas con los puños. Y era además muy fantasioso. Sin embargo, cuando yo le preguntaba sobre la guerra, mi tío no abría la boca. No le gustaba hablar de eso. No sé por qué.

Había tenido dos hijos con Anna Grigórievna Sujariova. Un niño y una niña. Mi

tío los visitaba regularmente. Revisaba sus cuadernos y firmaba en el libro de notas. E invariable repetía:

—¡En cuerpo sano, ídem mente!

Un día Anna Grigórievna estaba en la cocina. Los niños jugaban con su padre. De pronto mi tío se tiró un pedo. Los chicos se echaron a reír.

Anna Grigórievna se asomó al oír las carcajadas. Se paró en el quicio de la puerta, cruzó los brazos en el pecho y dijo con aire ceremonioso:

—¡Lo cierto es que los niños necesitan un padre! Mira cómo juegan, cómo ríen, qué bien lo pasan...

El tío Román tenía una esposa: Galina Pávlovna. Una trabajadora sanitaria; así se presentaba ella. Mi tío la quería y la respetaba. Porque la mujer compartía su credo filosófico: «¡En cuerpo sano, ídem mente!».

Un día llamaron al timbre de la puerta. El tío estaba en el trabajo. Y Galina había pasado un momento por casa a comer. Así que sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó Galina.

Una voz de hombre contestó:

—Dele un poco de agua a una pobre embarazada.

Se abrió la puerta y entró en el recibidor un tipo corpulento. Éste sacó una lima afilada y, sin mediar palabra, se la clavó a la mujer en el vientre. Mi tía corrió hacia el teléfono y antes de perder el conocimiento gritó:

—¡Román! ¡Auxilio! ¡Me matan!

Mi tío llegó en un camión a los treinta minutos. Entre tanto se habían llevado a Galina en una ambulancia. Los vecinos atraparon al bandido. Mientras le sujetaban de los brazos, el hombre reía. No se logró aclarar el motivo de su acto. Tal vez se tratara de un maníaco...

Mi tío se pasó toda la tarde llorando. Y cuando Galina salió del hospital se hizo con un perro pastor.

El perro se llamaba Golda. El nombre demostraba el carácter ocurrente de mi tío y, de modo casi imperceptible, delataba cierta tendencia antisemita.

A muchos armenios (sobre todo a los armenios georgianos) no les gustan los judíos. Aunque más lógico sería que no apreciaran a los rusos, a los georgianos o a los turcos. Los judíos tampoco sienten un especial afecto hacia los armenios. Al parecer los pueblos desterrados no se inclinan a querer a otros parias. Les gusta más querer a los amos. O, en el peor de los casos, se prefieren a sí mismos...

El perro se llamaba Golda. Al principio se trataba de un precioso cachorro de peluche. Luego creció. Lo llevaron a una exposición, obtuvo incluso una medalla de segundo orden. Y más tarde, sin motivo aparente alguno, atacó a Galina; la cosió a mordiscos.

Mi tío quiso pegarle un tiro al animal, pero su mujer lo calmó. Y entregaron a Golda a la perrera.

Mi tío Román seguía haciendo su gimnasia matutina, se mantenía bien erguido y

esbelto. Podía subir en un tranvía en marcha y bajarle los humos a cualquier gamberro. Pero, en cuanto a los gamberros, éstos no se cruzaban en su camino; y en la ciudad había muy pocos tranvías...

Un día me dijeron que mi tío se encontraba en una clínica psiquiátrica. Galina Pávlovna la llamó «clínica nerviosa». Pero se trataba de un psiquiátrico.

Me dirigí al parque Udelni. Varios edificios iguales de color marrón aparecían rodeados de arbustos ralos y algunos árboles. Por los caminitos paseaban los enfermos vestidos con idénticas batas grises. Las batas eran o demasiado grandes o pequeñas en exceso. Parecía como si obligaran ex profeso a las personas altas a llevar las tallas pequeñas, y a los pacientes de menor estatura y más escuálidos, las más grandes.

Por lo general, los enfermos paseaban a solas. Algunos gesticulaban con ademanes breves y distraídos. No me infundían miedo, sólo lástima. Finalmente, llamaron a mi tío. Para mi asombro, tenía un aspecto animado. Hasta se le vía algo moreno. Me dijo que le daban bien de comer. Y lo principal era que le dejaban pasar mucho tiempo al aire libre.

Después mi tío se me acercó, miró precavido a su alrededor y dijo en un susurro:

—Escúchame con atención. Los «cuatro ojos» están tramando una aventura colosal...

—¿Quién? —le pregunté sin entender.

El tío no me contestó. Y prosiguió con alegre entusiasmo:

—Una más temible que la Noche de San Bartolomé...

Yo no sabía qué decir. No estaba preparado para aquella situación. No sabía cómo comportarme: replicándole o mostrándome de acuerdo.

Junto a nosotros pasó un muchacho con una garrafa de agua. Junto al grifo se leía: «Agua».

Mi tío se puso a silbar, tratando de despistarle. El muchacho desapareció tras los árboles.

—¡Correrá mucha sangre! —prosiguió, meneando la cabeza.

Ante el pavor que me invadió empecé a desempeñar un papel bastante extraño.

—Puede que no sea nada —dije.

—No esperes piedad —me replicó en voz baja—. A unos los exterminarán y a los demás les harán firmar. Pero se me ha ocurrido una idea. Escucha con atención.

El tío se inclinó de nuevo hacia mí y, tras un guiño astuto, prosiguió:

—Cualquier plan, hasta el más perfecto, puede fallar. Y la cadena se rompe, por regla general, por el lugar menos esperado. El menor movimiento en falso y estás listo, todas las cartas liadas... O sea, se rompen, como se dice, las reglas del juego... La trampa está en que la nuestra debe ser una maniobra completamente imprevista... Y yo he dado con ella. Escucha con atención.

Mi tío dejó de sonreír y habló como un oficial, en términos lacónicos y duros:

—El primer plan es el bueno. El segundo es por si acaso, por si el primero falla...

No apuntes nada —me interrumpió mi tío.

—Vale —dije.

—Y recuerda bien. Lo primero es fumar cigarrillos sin filtro, sólo sin filtro. Y lo segundo es ponerte dos calzoncillos a la vez.

Mi tío soltó una carcajada con expresión triunfante y se frotó las manos.

—¿Lo has comprendido? —me preguntó.

—Sí —dije.

—El plan sigue en secreto. Ni una palabra, ni a los más próximos. Si no, todo estará perdido. Esperad mis órdenes. Ahora me tengo que ir. Que te vaya bien. Gracias por la fruta... Aunque la fruta no es más que pura ficción...

Y se marchó enfundado en su ridícula bata, con paso ligero y deportivo.

Pasado un mes, mi tío se curó. Nos veíamos en las fiestas familiares. Mi tío sonreía con expresión tímida.

Me contaba que cada día corría alrededor de la Academia forestal. Que se encontraba bien de salud y más animado que nunca.

En aquellas ocasiones le preparaban hortalizas ralladas especialmente para él. A su lado se sentaba Galina Pávlovna. En los brazos de la esposa asomaban unas cicatrices oscuras, los mordiscos del perro.

Me imaginé a mi tío corriendo temprano por la mañana a lo largo de la verja de la Academia forestal.

¡Oh, Dios mío! ¿Hacia dónde?...

CAPÍTULO IV

LA VIDA del tío Leopold se me aparecía cubierta por una exótica nebulosa. Había en él algo de los héroes de Main Reed y de Cooper. Durante largos años, su suerte excitaba mi imaginación. Ahora ya se me ha pasado.

Pero no nos precipitemos.

Mi abuelo judío había tenido tres hijos. (Espero que esta nota épica no turbe al lector). Los hijos se llamaban Leopold, Donat y Mijaíl. Al menor, Leopold, le pusieron un nombre extranjero, como quien dice, a propósito. Como si ya tuvieran presente su biografía cosmopolita. El nombre de Donat es de oscuro origen báltico-lituano. (Que sintoniza con la oscura posición en la vida de mi padre. A los setenta y dos años emigró de Rusia).

Y el agraciado con el nombre más ortodoxo, Mijaíl, murió de tuberculosis durante el cerco de Leningrado.

Estarán de acuerdo conmigo en que el nombre determina en gran medida el carácter y hasta la biografía de una persona.

Anatoli casi siempre es un sinvergüenza y camorrista.

Borís, un colérico dado a la gordura.

Galina, una metomentodo, chillona y vulgar.

Zoia, una madre soltera.

Alekséi, un bonachón con poco carácter.

El nombre Grigori me sugiere cierto bienestar material.

El de Mijaíl, la sorda premonición de una muerte trágica y temprana. (Acuérdense de Lermontov, Koltsov, Bulgákov...).

Y así sucesivamente.

Mijaíl crecía hosco y reservado. Escribía versos. Organizó un grupo futurista en el Lejano Oriente. El propio Mayakovski le escribió una carta moderadamente insultante y amistosa.

Mi padre guarda dos libros escritos por su hermano mayor. Uno se titula: *M-u-u*. El segundo título lo he olvidado. Tiene algo que ver con una complicada fórmula algebraica.

Los versos eran bastante extraños. Una de las poesías líricas acababa con estas

palabras:

Me estremecía todo yo, y deseaba,
rompiendo con la frente el muro, caer...

De una reseña sobre el libro recuerdo la frase insultante: «¡Manda a rezar a un cretino y se partirá la frente!...».

Mijaíl era una persona extraordinariamente cerrada. Los parientes ni sospechaban siquiera a qué se dedicaba. En cierta ocasión, siendo ya mayores, Donat y Mijaíl se encontraron tras el escenario del teatro de verano de Briansk. La situación se aclaró después, los dos participaban en el mismo programa de variedades. Donat, como cupletista; Mijaíl intervenía con una lectura literaria.

Los hermanos mayores se interesaban por la literatura, el arte. El menor, Leopold, ya desde pequeño siguió otro camino, mucho más prometedor.

Leopold se dedicaba al trapicheo.

A los catorce años especulaba con tabaco en la zona del puerto. Compraba puros a los marineros extranjeros para el restaurante nocturno de los hermanos Urin. Luego se pasó a las medias y los cosméticos. Si hacía falta, acompañaba a los extranjeros al prostíbulo en la calle Kosaya. Al tiempo que se dedicaba al boxeo en el club atlético «Icaro». Y los domingos tocaba el trombón en el jardín de la ciudad.

A los dieciocho años Leopold llevó a cabo su primer negocio de verdad. Sucedió así.

En una de las tiendas del centro de la ciudad entró un joven mustio y de aspecto humilde. En sus manos, envuelto en un periódico arrugado, llevaba un violín. El joven se dirigió al dueño de la tienda, Tanakis.

—Ahí fuera está lloviendo a cántaros. Me temo que mi violín se va mojar. ¿Podría dejarlo aquí por el momento?

—¿Por qué no? —contestó indiferente Tanakis.

Al cabo de una hora entró en la tienda un elegante extranjero con unos bigotes enormes y sospechosamente pelirrojos. Se pasó largo rato examinando las mercancías de los estantes. Luego alargó la mano, apartó el periódico arrugado y exclamó:

—¡No puede ser! ¡No me lo creo! ¡Estoy soñando! ¡Despiérteme! ¡Qué hallazgo: un auténtico Stradivarius! ¡Se lo compro!

—No está en venta —respondió Tanakis.

—¡Estoy dispuesto a pagar lo que sea!

—Lo lamento mucho...

—¡Quince mil en metálico!

—Lo lamento muchísimo, *monsieur*...

—¡Veinte mil! —gritó el extranjero.

El rostro de Tanakis se cubrió de un rubor rosado:

—Hablaré con su propietario.

—Recibirá usted una buena comisión. ¡Si es todo un Stradivarius!... ¡Oh, no me despierte, no me despierte!

Al poco regresó el pálido joven.

—He venido a por el violín.

—¿Por qué no me lo vende? —le dijo Tanakis.

—No puedo —contestó triste el joven—. Por desgracia, no puedo. Es un regalo de mi abuelo. La única cosa de valor que tengo.

—Le daré dos mil en metálico.

El muchacho casi se echa a llorar.

—En efecto, me hallo en una situación delicada. Y este dinero me vendría de perillas. Me iría a tomar las aguas, como me ha recomendado el doctor Schwarts. Y no obstante, no puedo... Es un recuerdo...

—Tres —dijo el propietario de la tienda.

—¡Lo lamento, pero no puedo!

—¡Cinco mil! —rugió Tanakis.

El hombre sabía contar bien. «Le daré cinco mil a este mocoso. El extranjero me pagará veinte mil, más la comisión... Total...».

—Abuelo, perdóname —gemía el muchacho—; perdóname, no te enojés conmigo. ¡Las circunstancias me obligan a dar este paso!...

Tanakis se puso a contar el dinero.

El chico besó el violín. Y luego, a punto de romper en sollozos, se marchó.

Tanakis se frotaba contento las manos... Tras la esquina, el muchacho se detuvo. Contó uno por uno los billetes. Luego sacó del bolsillo unos enormes bigotes pelirrojos. Los tiró al arroyo y se alejó del lugar.

Al cabo de unos meses, Leopold huyó de casa. Llegó a China en la bodega de un barco. Durante el viaje, le mordió una rata.

De China se dirigió a Europa. Y se instaló, no sé por qué razón, en Bélgica.

El severo abuelo Isaak no leía sus postales.

—*Maljamoves* —decía el abuelo— *pere odom*.

Y se decía que se olvidó de la existencia de Leopold. La abuela lloraba a escondidas y rezaba.

—Esa Bélgica debe estar llena de gentiles —repetía.

Pasaron varios años. Cayó el telón de acero. Dejaron de llegar noticias de Leopold.

Tiempo después se presentó un tal Monia. Vivió en casa del abuelo y la abuela una semana. Les contó que Leopold se dedicaba a los negocios.

Monia se sentía maravillado ante el ímpetu colosal de los planes quinquenales. Cantaba: «¡Nuestro tren, vuela hacia futuro!...». Y no obstante era una persona muy mal educada. Gritaba a pleno pulmón desde el cuarto de baño:

—¡*Papir!* ¡*Papir!*

Y la abuela le introducía por una rendija un periódico.

Luego Monia se marchó. Al poco tiempo fusilaron al abuelo por espía belga.

El hijo menor cayó en el olvido durante veinte largos años.

En el año sesenta y uno mi padre entró casualmente en la oficina central de telégrafos. Allí entabló conversación con una empleada. Se enteró de que tenían allí las direcciones y teléfonos de todas las capitales europeas. Abrió el listín telefónico de Bruselas. Y dio al instante con su raro apellido.

—¿Puedo encargar una conferencia?

—Por supuesto —fue la respuesta.

A los tres minutos le pusieron con Bruselas. Una voz conocida pronunció claro:

—*Allo!*

—¡Leopold! —gritó mi padre.

—Un momento, Dódik^[2] —dijo Leopold—, que apago el televisor.

Los hermanos empezaron a cartearse.

Leopold escribía que tenía una esposa, Helena, un hijo, Romano, y una hija, Monique. Y un perro de aguas al que llamaban Igor. Que regentaba «su propio negocio». Que se dedicaba a las máquinas de escribir y al papel. Que el papel era cada vez más caro, lo cual le venía de perillas. Aunque la inflación casi lo había arruinado.

Leopold explicaba su pobreza de la siguiente manera:

«Mis casas necesitan una reparación. Mi parque de automóviles no se ha renovado en cuatro años...».

Las cartas de mi padre sonaban muchísimo más optimistas: «Soy escritor y director teatral. Vivo en un pequeño y cómodo piso (se refería a su cuartucho partido por la mitad por una chapa de madera). Mi mujer se ha ido unos días a los países bálticos en coche (en realidad la esposa de mi padre había viajado en el autobús del sindicato, a por medias). Y en cuanto a la inflación, ni siquiera tengo idea de qué es eso...».

Mi padre cubrió a Leopold de *souvenirs*. Le mandó una flotilla entera de cucharas y platos de madera. Una copia en alpaca del samovar que perteneció a Lev Tolstói. Varias figurillas hechas con piedras de los Urales. Una edición de lujo de una obra de Shevchenko del tamaño de una lápida funeraria. Así como un artilugio con el nombre: «Arconcillo en bronce».

Leopold correspondió con un pañuelo para los mocos, blanco como la nieve y envuelto en un bonito papel de regalo.

Luego le mandó a mi padre una camiseta con la inscripción: «Eddie Shapiro - Ruedas y neumáticos».

Mi padre no se rendía. Llamó a un alto cargo del comité municipal que conocía. Y consiguió bajo mano un *souvenir* único en su especie. Un pan de azúcar que pesaría ocho kilos. Envuelto en un papel satinado azul. Y con una inscripción en grafía antigua: «Casa Comercial del mercader de primera categoría Elpidifor Fomín».

Tuvo que compensar al alto cargo con una generosa borrachera de coñac. Y aquel *souvenir* nunca visto partió en dirección a Bruselas.

Al cabo de unos meses, recibió un aviso de correos. Peso: diez kilos y medio. Derechos de aduanas: sesenta y ocho rublos.

Mi padre se sintió extraordinariamente excitado. Fantaseaba mientras se dirigía a correos:

—Un magnetofón... Un abrigo de piel... *Whisky*...

—¿Cuanto debe pesar un abrigo de piel?

—Unos tres kilos —le decía yo.

—Entonces serán tres abrigos de piel...

El empleado de la oficina central de correos sacó un pesado cajón.

—Tomaremos un taxi —propuso mi padre.

Por fin llegamos a casa. Mi padre, que no paraba de reír nervioso, consiguió una escarpa. La tapa de madera se separó con un chirrido.

—¡Será idiota! —gimió mi padre.

En el cajón nos encontramos con diez kilos de azúcar en polvo amarillento...

Al cabo de ocho años mi madre y yo nos vimos obligados a emigrar. Nos encontramos en Austria. El dueño del hotel, Reinhard, fue muy amable con nosotros. Cada mañana nos servían té con bollos calientes y mermelada. Cada mañana el dueño me preguntaba sin falta:

—¿Quieres una copa de vodka?...

Además nos dio una radio y una tostadora.

Por las noches charlábamos.

Me enteré de que Reinhard se había mudado a Occidente. Que era ingeniero constructor. Que el trabajo en el hotel le deprimía, pero le producía buenos beneficios...

—¿Estás casado? —le pregunté.

—Erika vive en Salzburgo.

—Existe la opinión de que un matrimonio a punto de romperse es el más duradero...

—Yo ya he superado esta etapa. Pero sigo casado... ¿Te extraña?

—No —le dije.

—¿Has sido del Partido?

—No.

—¿Y de las Juventudes?

—Sí. Eso era automático.

—Comprendo. ¿Te gusta Occidente?

—Después de la cárcel me gusta todo.

—A mi padre lo arrestaron en el cuarenta. Llamaba a Hitler «braun swaine».

—¿Era comunista?

—No. No era *commi*. Ni siquiera rojo. Simplemente era una persona instruida.

Sabía latín... ¿Tú sabes latín?

—No.

—Yo tampoco. Mis hijos tampoco lo sabrán. Y es una lástima. Yo creo que el latín y Rod Steward son incompatibles.

—¿Y quién es ese Steward?

—Un esquizofrénico con guitarra. ¿Quieres una copa de vodka?

—Venga.

—Traeré unos bocadillos.

—Eso sobra.

—Tienes razón.

Escribí a Leopold desde Viena. Mi tío llamó al hotel. Me dijo que llegaría en avión a finales de semana. Más exactamente, el sábado. Se alojaría en el Coliseum. Me pidió que el sábado no almorzara.

—Te invitaré a un buen *restorán* —añadió.

Por la mañana temprano ya estaba yo en *hall* del Coliseum. El hotel tenía un aspecto mucho más elegante que el nuestro. Por el salón paseaban unos perros exquisitos. El chico de la guardarropía parecía un actor de cine.

A las once en punto bajó mi tío. Lo reconocí enseguida.

Leopold se parecía mucho a mi padre: alto, elegante y con unos hermosos dientes postizos. A su lado se encontraba su esposa, una mujer madura de aspecto lozano.

Sabía que tenía que abrazar a aquel hombre, un ser que, de hecho, era para mí un desconocido.

Nos abrazamos. Besé la mano de Helen, la mano en la que llevaba el paraguas.

—¡Eres enorme! —gritó Leopold—. ¿Y tu madre?

—No se encontraba bien.

—¡Lástima! He visto fotos tuyas. Te pareces mucho a tu madre.

Le alargué un paquete. Había caviar, *matrioshkas* de madera y un mantel de lino.

—¡Gracias! Se lo dejaremos al *portier*. Yo también tengo regalos para vosotros... Pero ahora vamos al *restorán*. ¿Te gustan los *restoranes*?

—No me he parado a pensarlo.

—Tienen una música agradable, mujeres bonitas...

Nos dirigimos hacia el centro. Leopold hablaba sin parar.

Helen sonreía en silencio.

—¡Mira cuántos coches! ¿Alguna vez has visto coches extranjeros?

—En Leningrado hay muchos turistas.

—Viena es una ciudad pequeña. Aunque también lo es Bruselas. En Norteamérica hay muchos más coches. ¡Y qué tiendas! ¿En Leningrado hay grandes tiendas?

—Haberlas, haylas... —le dije.

—¡Eres enorme! Seguramente, te deben querer las mujeres.

—Pronto lo veremos.

—Comprendo. Tu mujer está en América. La visitamos en Roma. Tenía una bolsa

de plástico en lugar de bolso. Le regalé un buen bolso de sesenta dólares... ¡Stop! Almorzaremos aquí. Me parece un buen *restorán*.

Entramos, nos quitamos los abrigos y nos sentamos junto a una ventana.

Empezó a sonar una música suave de lo más ordinaria. No vi mujeres bonitas.

—Pide lo que quieras —me propuso Leopold—. ¿Tal vez un *steak* o algo de caza?

—Me da igual. Cómo usted quiera.

—Háblame de «tú», por favor. Soy tu tío.

—Como quieras.

—¿Alguna *delikatessen*? ¿Te gustan las *delikatessen*?

—No lo sé.

—A mí me encantan las *delikatessen*. Pero tengo mal el hígado. Te pediré un paté de pescado y espárragos.

—Perfecto.

—¿Qué vas a beber?

—¿Vodka, tal vez?

—Es demasiado temprano. Creo que vino blanco o té.

—Té —decidí.

—Y helado de pistacho.

—Perfecto.

—¿Tú qué vas a beber? —Leopold se dirigió a su mujer.

—Vodka —dijo Helen.

—¿Qué? —volvió a preguntar Leopold.

—¡Vodka, vodka, vodka! —repitió la mujer.

Se acercó el camarero. Un joven de pelo moreno, fornido, quizá yugoslavo o húngaro.

—Es mi sobrino de Rusia —explicó Leopold.

—Un momento —dijo el camarero.

Y desapareció. De pronto la música calló. Sonó un ligero crepitar. Y acto seguido escuché los fastidiosos acordes de «Atardeceres de Moscú».

Apareció el camarero. Su rostro resplandecía y refulgía.

—Muchas gracias —le dije.

—Recibirá una buena propina —me susurró Leopold.

El camarero apuntó el encargo.

—Sí, casi se me olvida —exclamó Leopold—, cuéntame, ¿cómo murieron mis padres?

—Al abuelo lo arrestaron antes de la guerra. Y la abuela Raisa murió en el cuarenta y seis. La recuerdo un poco.

—¿Lo arrestaron? ¿Por qué? ¿Estaba en contra de los comunistas?

—No lo creo.

—Entonces, ¿por qué lo arrestaron?

—Porque sí.

—Dios mío, qué país de salvajes —soltó con voz sorda Leopold—. Pero, explícamelo.

—Me temo que no podré. Se han escrito decenas de libros sobre el tema.

Leopold se secó los ojos con un pañuelo.

—Yo no puedo leer libros. Trabajo demasiado... ¿Murió en la cárcel?

Yo no tenía ganas de contarle que al abuelo lo fusilaron. Tampoco mencioné a Monia. ¿Para qué?

—¡Qué país de salvajes! He estado en América, en Israel, he recorrido toda Europa... Pero a Rusia no iré. Allí tienen el ajedrez, el *ballet* y el «cuervo negro». ¿Te gusta el ajedrez?

—No mucho.

—¿Y el *ballet*?

—Entiendo poco de eso.

—Es una bobada con fantasmas —dijo mi tío.

Luego preguntó:

—¿Tu padre quiere venirse aquí?

—Eso espero.

—¿Y qué hará aquí?

—Pues envejecer. En Norteamérica le darán una pequeña pensión.

—Con ese dinero es difícil vivir como es debido.

—Ya nos las arreglaremos.

—Tu padre es un romántico. De niño leía mucho. Yo, en cambio, al revés, crecí completamente sano. Menos mal que te pareces a tu madre. He visto sus fotos. Os parecéis mucho.

—A veces hasta nos confunden —dije.

El camarero trajo el helado. Mi tío me dijo en voz baja:

—Si necesitas dinero, dímelo.

—Nos basta.

—Así y todo, si os hace falta dinero, házmelo saber.

—Bueno.

—Y ahora vamos a visitar la ciudad. Tomaremos un taxi.

Lo que me gustaba de mi tío era el ritmo frenético con el que se movía. Estuviéramos donde estuviéramos, no paraba de repetir:

—Comeremos dentro de un rato.

Comimos en el centro de la ciudad, en una terraza. Tocaba un cuarteto húngaro. El tío bailó lleno de gracia y finura con su esposa. Luego nos dimos cuenta de que Helen estaba cansada.

—Vamos al hotel —dijo Leopold—. Tengo unos regalos para ti.

En el hotel, Helen se las arregló para susurrarme:

—No te enfades con él. Es un buen hombre, aunque algo primitivo.

Me sentí terriblemente desconcertado. Yo no sabía que Helen hablara en ruso. Quise hablar con ella, pero era tarde.

Regresé a mi hotel hacia las siete. Llevaba un paquete. En él se oía el suave glu-glu de una colonia para mi madre. La corbata y los gemelos me los guardé en el bolsillo.

El *hall* estaba desierto. Reinhard hacía cuentas con la calculadora.

—Quiero cambiar el linóleo —me dijo.

—No es mala idea.

—¿Tomamos algo?

—Con mucho gusto.

—Las copas se las han llevado unos muchachos checos. ¿No te importa beber en vasitos de papel?

—Yo he bebido hasta en un estuche de gafas.

Reinhard alzó las cejas en señal de admiración.

Nos tomamos un vaso de *brandy* cada uno.

—Aquí hasta se puede dormir —dijo Reinhard—, sólo que los sofás son estrechos.

—Yo he dormido hasta en un sillón de ginecólogo.

Reinhard me miró con más respeto todavía.

Tomamos otro vaso.

—No voy a cambiar el linóleo —dijo—. Lo he pensado mejor. El mundo está condenado.

—Eso es verdad —asentí.

—Siete ángeles con sus siete trompetas ya están prestos...

Alguien llamó a la puerta.

—No abras —dijo Reinhard—, es el corcel pálido. Y su jinete, cuyo nombre es Muerte.

Tomamos otro vaso.

—Es tarde —dije—, mi madre estará preocupada.

—Que te vaya bien —logró pronunciar con dificultad Reinhard—: *Ciao*. ¡Y viva el sueño! Pues el sueño es no hacer nada. Y no hacer nada es el único estado moralmente aceptable. Porque cualquier actividad vital es pudrimiento. *Ciao!*

—Adiós —dije—. La vida es absurda. La vida es absurda aunque sólo sea porque un alemán me resulta más cercano que mi propio tío.

Desde entonces, Reinhard y yo nos veíamos cada día. La verdad es que no sé cómo se ha colado en este relato. Estaba hablando de otra persona. De mi tío Leo...

Sí, cambió el linóleo de todos modos...

Nunca más volví a ver a Leopold. Nos carteamos cierto tiempo. Luego nosotros nos marchamos a Estados Unidos. Y las cartas cesaron.

Por Navidad tendría que mandarle una tarjeta...

CAPÍTULO V

AL PRINCIPIO tía Mara trabajó de expedidora. Luego pasó a la imprenta, donde alcanzó un empleo superior. El de linotipista, si no recuerdo mal. Después de cierto tiempo, se hizo correctora. Y luego, secretaria de la redacción.

Desde entonces se pasó la vida redactando libros ajenos.

La tía redactó las obras de muchos grandes escritores. Por ejemplo, de Tiniánov, Zóschenko, Forsh.

A juzgar por los autógrafos, Zóschenko tenía buena opinión de ella. Constantemente le agradecía su trabajo en común...

La tía era una mujer llamativa. En su tórrida belleza armenia había cierta nota de falsedad. Como en los paisajes montañosos de Lérmontov y en sus versos románticos.

La tía era observadora y perspicaz. Tenía buena memoria. Muchos de los hechos que me contó los he recordado siempre. Recuerdo, por ejemplo, este episodio de su vida.

Cierta vez se encontró en la calle con Mijaíl Zóschenko. Para el escritor ya habían llegado los tiempos difíciles. Zóschenko dándole la espalda pasó rápidamente a su lado.

La tía tras alcanzarlo le preguntó:

—¿Por qué no me ha saludado?

Zóschenko sonrió y dijo:

—Perdóneme. Pero es que ayudo a los amigos a que no me saluden...

La tía redactó obras de Yuri Guerman, de Kornílov, Seifúlina. Y hasta de Alekséi Tolstói. Y de cada uno de ellos recordaba algo divertido.

Un día Forsh estaba hojeando en una casa de descanso el libro de reclamaciones. Y se encontró con la siguiente inscripción: «En la sopa no paran de aparecer todo género de insectos del bosque. No hace mucho, durante la cena me encontré con un escarabajo de la madera...».

—¿Qué le parece? —preguntó Olga Forsh—: ¿es una queja o una frase de agradecimiento?...

De Borís Kornílov también me contó una historia divertida.

Nicolái Tíjonov recogía materiales para una antología. Mi tía era la redactora de aquella publicación. Tíjonov le pidió que le pidiera a Kornílov unas poesías. Kornílov se negó a darle sus versos.

—Y a su Tíjonov que le den por el culo —añadió.

Mi tía regresó y le dijo al redactor en jefe:

—Kornílov se niega a darle sus versos. Y me ha dicho que le den a usted EN EL CULO...

—Por el culo —la corrigió irritado Tíjonov—, por el culo. ¿No me diga que cuesta tanto recordarlo?...

También de Alekséi Tolstói sabía muchas cosas curiosas.

Un día Alekséi Tolstói, que era alto y orondo, iba por el pasillo de la editorial. A su encuentro corría mi tía. La mujer, delgadita y pequeña, chocó corriendo con la barriga de Tolstói.

—¡Vaya! —dijo Tolstói frotándose la barriga—. ¿Qué habría pasado si tuviera aquí un ojo?

La tía sabía muchas historias cómicas.

Luego, ya por mi cuenta, me enteré de que a Kornílov lo fusilaron.

Que Zóschenko ensalzó el trabajo esclavo de los campos.

Que Alekséi Tolstói era un sinvergüenza y un hipócrita.

Que Olga Forsh propuso cierta vez que el calendario comenzara a partir del día en que había nacido un tal Dzhugashvili (Stalin).

Que Leónov traficaba con alfombras en la evacuación durante la guerra.

Que Vera Inber exigió la condena a muerte de su primo (Trotski).

Que el siempre curioso Pavlenko acudía a los interrogatorios de Mandelshtam.

Que Yuri Olesha traicionó a su amigo Shostakóvich.

Que el escritor Miroshnichenko pegaba a su mujer con una bomba de aire para bicicletas.

Y muchas cosas más.

En cambio, la tía sólo recordaba las historias cómicas. No la culpo. Nuestra memoria es selectiva, como una urna.

Creo que mi tía era una buena redactora. Así me lo decían los escritores cuyas obras redactaba. Y, sin embargo, nunca he logrado comprender para qué hacen falta los redactores.

Si el escritor es bueno, el redactor se diría que sobra. Y si es malo, no hay redactor que lo salve. A mi entender, esto está más que claro.

Yo sé cómo mi tía trabajaba con los autores. A veces estuve presente. Por ejemplo, mi tía decía:

—Yuri, aquí aparece cuatro veces la palabra «apestoso».

—Es cierto —se asombraba Yuri Pávlovich Guerman—, ¿cómo no me habré dado cuenta?

Y de todos modos, sigo creyendo que un escritor no necesita un redactor. Incluso

si el escritor es bueno. De los demás mejor no hablar.

Hubo, por ejemplo, un caso histórico como éste. En una de sus novelas, Dostoyevski escribió: «Al lado se encontraba una mesa redonda de forma ovalada...».

Alguien al leer la obra en el manuscrito le dijo:

—Fiódor Mijáilovich, esto no está bien, habría que corregirlo.

Dostoyevski se lo pensó y dijo:

—Déjelo como está...

Gógol en sus primeras obras utilizaba la palabra «coffre». Cierta vez, su amigo Aksákov le dijo:

—¿Por qué escribe usted «coffre»?

—¿Y cómo debería hacerlo? —le preguntó Gógol.

—Cofre.

—No lo creo.

—Mire el diccionario.

Cogieron el diccionario de Dal. Miraron y, en efecto, se escribía «cofre».

En lo sucesivo Gógol siempre escribió «cofre». Pero en las reediciones de sus viejas obras no corrigió la palabra.

¿Por qué?

¿Por qué Dostoyevski no quiso corregir un claro error? ¿Por qué Dumas tituló su novela *Los tres mosqueteros* cuando éstos eran sin duda cuatro?

Hay cientos de ejemplos así.

Al parecer, por alguna razón, los errores e imprecisiones les resultan queridos a los escritores. Y por tanto a los lectores.

¿Cómo se puede corregir a Rózanov en: «No hemos llorado nada esto...»?

Yo, sin el permiso del autor, no corregiría ni las erratas. Ya no hablemos de la puntuación. Cada autor elige los signos de puntuación según su propio criterio.

Creo que mi tía era una buena redactora. O mejor dicho, era una buena persona, bondadosa e inteligente.

Yo personalmente no me he encontrado con ningún buen redactor. Aunque entre ellos había bellísimas personas.

Sólo he conocido a una buena redactora. Creo que fue en Lenfilm^[3]. Era una tal Helli Rummo. Era estonia y casi no hablaba en ruso. Su poco conocimiento de la lengua daba gran precisión a sus palabras. Rummo decía:

—El guión es bueno. Por lo tanto, no lo aceptarán.

En los años sesenta empecé a escribir alguna cosa. Se las enseñé a mi tía. La tía encontró en mis relatos cientos de errores. Errores estilísticos, ortográficos y de puntuación.

Mi tía me decía:

—Aquí escribes: «el frío y el silencio se fundían». No queda claro. El frío y el silencio son fenómenos de distinto orden. Hay que escribir: «En el bosque hacía frío y reinaba el silencio». Sin malabarismos...

—¿Cómo, en el bosque? —repliqué asombrado—. La acción transcurre en una celda de castigo.

—Ah, sí —decía mi tía...

Por entonces le confiaron un taller literario. De aquel taller salieron muchos buenos escritores. Por ejemplo, Gansovski y Pikul.

Entre otros vino al taller Iósif Brodsky. Mi tía no lo admitió. De sus versos dijo lo siguiente:

—¡Delirios de un demente!

(Por cierto, en la poesía de Brodsky también los hay).

A Brodsky no lo admitieron. En cambio aceptaron a muchos otros. En Leningrado hay muchos poetas. Hay tres Nekrásov: Vladímir, Georgui y Borís...

Mi tía era miembro del Partido. No la culpo. Muchas personas dignas y honradas fueron a parar al Partido Comunista. Ellos no tienen la culpa. Sólo querían vivir mejor. Ocupar cargos más altos...

Por supuesto, a mi tía le dolía que persiguieran a Ajmátova y Zóschenko. Y cuando se ensañaron con Pasternak incluso se puso enferma. Mi tía decía:

—Es una decisión política equivocada. Así es como perdemos nuestro prestigio en Occidente. Como destruimos en parte las conquistas del XX Congreso...

Con el paso de los años, mi tía logró reunir una biblioteca espléndida. La mayoría de sus libros estaban dedicados. Con frases a veces muy emotivas y tiernas.

El florido autógrafo de Valentín Pikul empezaba con las palabras siguientes:

«A la comadrona de nuestras almas...».

El del autor de ciencia ficción Gansovski rezaba así:

«¡A través de los años y el espacio insondable, mi mano!»...

Como se ha sabido hace poco, Gansovski era un soplón. Informaba sobre sus conocidos.

Pikul también destacó en este arte. En el juicio con Kiril Vladímirovich Uspenski dijo:

—¡Kiril! ¡Todos queremos lo mejor para ti, y tú en cambio sigues mintiendo!...

A Uspenski le echaron cinco años en pleno apogeo del período liberal.

A Pikul, en cambio, le dieron un piso en Riga...

Mi tía, aún siendo mayor, seguía leyendo mucho. Los libros dedicados no los releía. Junto a su cama tenía los tomos de Ajmátova, Pasternak, Baratynski...

En cuanto mi tía murió, mi primo y su mujer vendieron su biblioteca. Pero antes arrancaron las hojas con los autógrafos. Les daba no sé qué venderlos con las dedicatorias...

Poco antes de que esto sucediera, mi tía me leyó unos versos:

La vida he recorrido hasta la mitad,
y aún capaz me veo de mover montes,
de sembrar campos y de regar valles.
Mas de la vida la mitad ha quedado atrás.

—Son versos de una poetisa —me dijo con una sonrisa.
Creo que los escribió ella. Los versos eran flojos, claro está. La primera estrofa es un cita literal de Dante.
Y no obstante los versos me emocionaron.

La vida he recorrido hasta la mitad,
y aún capaz me veo de mover montes...

La tía se equivocaba.
La vida llegaba a su fin.
Ya era imposible corregir las erratas...

CAPÍTULO VI

LA BIOGRAFÍA de Arón, el marido de mi tía, retrata con toda fidelidad la historia de nuestro Estado. Primero fue escolar en un centro selecto. Luego estudiante revolucionario. Después, aunque por poco tiempo, soldado del Ejército Rojo. Y más tarde, por fantástico que suene, combatiente polaco del Ejército Blanco. Para regresar al Ejército Rojo, pero ya por entonces como luchador más consciente.

Cuando terminó la guerra civil, el tío Arón ingresó en la facultad obrera. Luego, en la época de la NEP^[4], se dedicó a los negocios y, al parecer, por un tiempo, se hizo rico. Luego se dedicó a perseguir *kulaks*^[5]. Luego, a limpiar las filas del partido. Hasta que lo depuraron a él. Por haber sido «nepman»...

En aquella reunión mi tío pronunció un discurso. Dijo:

—Si me excluís del Partido, no tendré más remedio que contárselo a mi mujer. Lo cual traerá consigo un escándalo descomunal. En una palabra, vosotros mismos...

Los camaradas se lo pensaron y decidieron:

«¡Excluido!».

Aunque luego, también es cierto, lo restablecieron en el partido. Más aún, mi tío Arón, nunca cayó preso.

Se hizo empleado administrativo. Fue director de algo. O subdirector en algún sector.

Mi tío adoraba a Stalin. Lo quería como se quiere a un hijo descarriado. Veía sus defectos.

Guardaba los discos con los discursos del generalísimo en álbumes rojos. Había álbumes así: con cordoncillos y un retrato en relieve del caudillo.

Cuando resultó que Stalin era un bandido, mi tío se sintió sinceramente desolado.

Luego se enamoró de Malenkov. Decía que Malenkov era ingeniero.

Cuando destituyeron a Malenkov, trasladó su afecto a Bulganin. Bulganin tenía el aire de un policía provincial de antes de la revolución. Y mi tío era justamente de provincias, de Novorosiisk. Quizá quisiera de verdad a Bulganin, un hombre que le recordaba los ídolos de su infancia.

Luego quiso a Jruschov. Y cuando echaron a Jruschov, a mi tío se le agotó la capacidad de amar a más gente. Se hartó de malgastar en vano sus sentimientos.

Decidió entregar su amor a Lenin. Lenin llevaba muerto mucho tiempo, de modo que era imposible destituirlo. Ni siquiera era fácil dañar como es debido su imagen. Era imposible, por tanto, quitarle a mi tío aquel amor...

Por lo demás, se diría que el hombre se desarmó ideológicamente. Sin abandonar su afecto por Lenin, quiso por igual a Solzhenitsyn. También quiso a Sájarov. Sobre todo, por haber inventado éste la bomba de hidrógeno. Y por no haberse dado, sin embargo, a la bebida y luchar por la verdad.

A Brézhnev mi tío no lo quería. Brézhnev se le antojaba un fenómeno pasajero (impresión que no se vio confirmada con el tiempo)...

En los últimos años de su vida fue casi un disidente. Pero un disidente moderado. No perdonaba a Vlášov^[6]. Y respetaba a Solzhenitsyn de manera selectiva.

A Brézhnev le mandaba anónimos. Los escribía en la caja de ahorros, con tinta violeta. Además, con la mano izquierda y en letras de imprenta. Las notas eran cortas. Por ejemplo:

«¿Adónde llevas a Rusia, monstruo?».

Firmado:

«General Spiridónov».

O: «La BAM^[7] es una ficción».

Firmado:

«General Koliuzhni».

A veces se adentraba en las formas literarias:

«Las cejas de su merced tienen de sangre sed».

Y firmado:

«General Nechiporenko».

El tío quería retornar a las fuentes del leninismo. Yo, en cambio, no. Por eso siempre nos peleábamos. El nivel de la polémica era más bien bajo.

—Un espía alemán —decía yo de Lenin.

—¡Sacrílego, cretino! —reaccionaba mi tío dirigiéndose en este caso a mí.

Tocábamos un abanico de temas bastante reducido: el juicio de Linch, la decadencia moral, la epopeya de Vietnam...

Mi tío se enfurecía muchísimo conmigo:

—¡Fascista! —me gritaba a veces—. ¡Traidor!

Y de pronto se murió. O, mejor dicho, se puso gravemente enfermo. Y decidió que le había llegado su hora. Tenía 76 años.

—Que venga Seriozha —pidió un día.

Fui a verlo en seguida. El tío yacía sobre unos cojines altos, delgado y pálido.

Pidió que todos salieran del cuarto.

—Serguéi —pronunció en voz muy baja—, me muero...

Yo callaba.

—No me da miedo la muerte —prosiguió mi tío.

Hizo una pausa y siguió diciendo:

—He vivido honestamente equivocado... Y he soportado con indecible dolor mis errores... Y mira: esto es lo que llegado a comprender. Todo lo más sagrado, todo lo que ha dado sentido a mi existencia ha resultado ser falso... He sufrido una completa derrota ideológica...

Me pidió agua. Le acerqué una taza a los labios.

—Seguéi —prosiguió mi tío—, siempre te he reñido. Pero te he reñido porque tenía miedo. Temía que te arrestaran. Tú no sabes contenerte... Te he criticado, pero en mi fuero interno estaba de acuerdo contigo. Tienes que comprenderme. Cuarenta años en este... (aquí mi tío soltó una maldición) Partido. Sesenta años en éste (aquí repitió la palabrota) Estado...

—Cálmate —le dije.

—... me han convertido en una PUTA —concluyó el tío.

Se sobrepuso con un esfuerzo y siguió diciendo:

—Siempre has tenido razón. Y si te he llevado la contraria es porque temía por ti. Perdóname...

Se puso a llorar. Me dio mucha lástima. Pero en aquel momento llegaron los sanitarios y se llevaron a mi tío al hospital.

Se lo llevaron a una clínica normal. Mi tía creyó que lo ingresarían en la destinada a los funcionarios del Partido.

—Pero si tú eres un viejo bolchevique —protestaba la tía.

—No —argüía mi tío—: yo no soy un viejo bolchevique.

—¿Cómo?

—Viejo bolchevique es un concepto bien concreto. Son los que ingresaron en el Partido antes del año treinta y cinco. Y yo ingresé algo más tarde.

Mi tía no podía creerlo.

—¿O sea que no eres un viejo bolchevique?

—No.

—Me da igual —replicaba mi tía—. ¿Algo te tocará, o no?

—Quién sabe —aceptaba mi tío—; puede que me toque algo. Una manzana, por ejemplo.

En una palabra, se lo llevaron a una clínica normal.

Cuando estaban examinándolo, mi tío se dirigió al médico:

—Doctor, ¿ha luchado usted en el frente?

—Sí —contestó el médico—. He hecho la guerra.

—Yo también —dijo mi tío—. Respóndame sinceramente, de soldado a soldado, ¿pasaré mucho tiempo en la clínica?

—En caso favorable, un mes —respondió el médico.

—¿Y en caso desfavorable —replicó sonriendo mi tío—, mucho menos?...

Se pasó tres semanas en el hospital. Y lo trajeron a casa.

Fui a visitarlo en seguida.

Mi tío parecía triste y resignado. Como quien ha adquirido una sabiduría sublime.

Sin embargo, cuando mencioné en la conversación al Che Guevara, el tío se puso tenso.

—Un aventurero y un gángster —lo calificó yo.

—¡Holgazán, cretino! —reaccionó mi tío. Y siguió con inspirado ímpetu—: ¡A ver, encuéntrame alguna buena idea que no sea comunista!...

Llegado a este punto, de pronto, interrumpió su discurso. Al parecer se acordó de nuestra conversación en su lecho de muerte. Y me miró de reojo con aire culpable.

Yo no dije nada.

Desde entonces nos hemos visto a menudo y en cada ocasión invariablemente nos hemos peleado. Mi tío maldecía la música *rock*, al bailarín Baríshnikov que había huido del país, y al general Vlásov. Yo, la medicina gratuita, *El lago de los cisnes* y a Félix Dzerzhinski^[8].

Más tarde mi tío enfermó de nuevo.

—Que venga Seriozha —pidió mi tío.

Me presenté al instante. El tío aparecía demacrado y pálido. Sobre un taburete y la mesilla de noche se amontonaban los frascos. Allí mismo asomaba rosada e íntima la dentadura postiza.

—Serguéi —pronunció con voz sorda mi tío.

Yo le acaricié una mano.

—Tengo que pedirte un enorme favor. Dame tu palabra que lo harás.

Asentí con la cabeza.

—Ahógame —me pidió el tío.

Yo seguía callado sin saber qué hacer.

—Estoy harto de esta vida. No creo que el comunismo se pueda construir en un solo país. Me he deslizado hacia el lodazal del trotskismo.

—Deja de pensar en eso —le dije.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que te he pedido?... Veo que dudas... Me podría tomar, claro, veinte pastillas de somníferos. Pero, por desgracia, esto no siempre acaba contigo... ¿Y si me quedo paralítico? ¿Y me convierto en una carga aún más pesada para todos? Por eso me he visto obligado a dirigirme a ti con este ruego...

—Basta —le dije—. Déjalo...

—Te recompensaré —me dijo el tío—. Te dejaré en el testamento las obras de Lenin. Las puedes cambiar por una edición de *Pinocho*... Pero antes ahógame...

—Basta —dije secamente.

—Todo es odio y estupidez —prosiguió el tío—, no hay verdad en este...

—Cálmate.

—¿Sabes qué cosa me obsesiona? —siguió diciendo—. Cuando vivíamos en Novorosiisk, había allí una valla. Una valla alta, marrón. Cada día pasaba junto a ella. Pues bien, nunca he sabido qué es lo que había detrás. No lo pregunté. No pensé que eso fuera importante... Qué manera más absurda y estúpida de vivir la vida. ¿O sea que te niegas?

—Déjalo ya.

El tío me dio la espalda y se quedó callado.

Al cabo de dos semanas se puso bueno. Y nos volvimos a pelear.

—¡Cretino! —me gritaba el tío—. ¡Te empeñas en no comprenderlo! Las ideas del comunismo, si se han visto desacreditadas es por la estupidez de sus adeptos, ¡pero siguen siendo geniales, como siempre! ¡No en vano millones de personas comparten la ideología comunista!...

—¿Quién la comparte? —replicaba yo—. ¡Nadie que esté en su sano juicio!

—¿Que no las comparten? —gritaba rojo como un tomate, mi tío—. ¿No la comparten y callan? ¿O sea que todos son unos hipócritas?...

—La ideología no es algo que se deba compartir necesariamente —replicaba yo—: unos la aceptan y otros no. Es como la cárcel: te guste o no, sigues dentro y a callar...

—¡Cretino! —gritaba mi tío—. ¡Traidor, estafador!...

En la cabecera de su cama colgaba un pequeño retrato de Solzhenitsyn. Cuando venían invitados, lo descolgaba...

La maniobra se repetía una y otra vez. El tío enfermaba y luego se recuperaba. Nos peleábamos. Y luego hacíamos las paces. Pasaban los años. Mi tío envejeció. No podía andar. Yo me sentía muy unido a él.

Como ya he dicho, la biografía de mi tío refleja la historia de nuestro Estado... De nuestro querido y horrible país...

Más tarde mi tío, al fin, de todos modos, se murió. Lástima...

A mí en cambio no me deja en paz una imagen: aquella alta valla marrón...

CAPÍTULO VII

DESDE MI más temprana infancia, mi educación fue políticamente tendenciosa. Mi madre, por ejemplo, despreciaba profundamente a Stalin. Más aún, expresaba abiertamente y de buena gana sus sentimientos. Aunque con un enfoque, es verdad, bastante original. Solía afirmar:

—¡Un georgiano no puede ser una persona decente!

Eso se lo habían enseñado en el barrio armenio de Tblisi, donde había crecido.

Mi padre, por el contrario, sentía respeto hacia el caudillo. Aunque mi padre era quien más razones tenía para odiar a Stalin. Sobre todo, después de que fusilaran al abuelo.

Quizá mi padre odiara la tiranía. Pero, así y todo, sentía un gran respeto por sus proporciones. De hecho, mis padres sabían bien que Stalin era un asesino. Y también los amigos de mis padres. En casa no se hablaba de otra cosa.

Hay algo que, sin embargo, no entiendo. ¿Cómo es que mis padres, que eran unas personas corrientes, lo sabían, y en cambio Ehrenburg, no?

A los seis años yo sabía que Stalin había matado a mi abuelo.

Y para cuando acabé la escuela yo ya lo sabía decididamente todo.

Sabía que los periódicos no decían la verdad. Que en el extranjero la gente sencilla era más rica y llevaba una vida más alegre. Que ser comunista era algo vergonzoso, pero que tenía sus ventajas.

Con esto no quiero decir ni mucho menos que yo fuera un joven muy reflexivo. Más bien, lo contrario. Simplemente todo eso era algo que me habían contado mis padres. Mejor dicho, mi madre.

Mi padre casi no me educó. Y menos aún cuando, muy pronto, mi padre y mi madre se divorciaron.

Vivíamos en una repugnante casa comunal.^[9] El largo y tenebroso pasillo desembocaba metafísicamente en el cuarto de baño. El papel pintado junto al teléfono estaba cubierto de dibujos: la angustiada crónica del subconsciente comunal.

Zoia Svistunova, una madre soltera, garabateaba flores del campo.

Gordéi Borísovich Ovsíánikov, un ingeniero amante de los placeres de la vida, repasaba con entrega unas posaderas de señora.

El paticorto coronel Tijomírov dibujaba emblemas militares.

El lampista Jarin, botellas y copas.

La cantante de música ligera Zhuravliova, reproducía una clave de sol que parecía una oreja.

Yo pintaba pistolas y sables...

Dudo que la nuestra fuera una casa típica. La habitaban, sobre todo, intelectuales. No había peleas. No se escupía en la sopa del vecino. (Aunque me costaría jurarlo).

Eso no quiere decir que en ella reinaran una paz y una dicha eternas. La guerra larvada no cesaba. El puchero de la irritación mutua se calentaba a fuego lento, siempre a punto a hervir...

Mi madre trabajaba de correctora y tenía diferentes horarios. Unas veces se acostaba tarde, otras, temprano. A veces dormía de día.

Los críos corrían por el pasillo. El coronel Tijomírov hacía retumbar el suelo con sus botas militares. El fracasado Jarin arrastraba su bicicleta. La Zhuravliova ensayaba.

Mi madre no podía dormir. Su trabajo era de gran responsabilidad (y más en vida de Stalin). Podían meterte en la cárcel por cualquier errata.

En los periódicos siempre se repite la misma regla. Basta con saltarse una sola letra y adiós. Seguro que te sale cualquier guarrada, o, lo que es peor, una expresión antisoviética (o ambas cosas a la vez).

Tomemos, por ejemplo, el titular: «Los dirigentes han partido...». Basta con saltarse la «t» de «partido», para que... Y sucede a menudo.

O: «Los comunistas cagan con las decisiones del partido» (en lugar de «cargan»).

O: «La prisión bolchevique» (en lugar de la «presión»).

Como es sabido, en nuestra prensa sólo las erratas dicen la verdad.

En los últimos veinte años ya no se fusilaba por eso. Mi madre trabajaba de correctora treinta años atrás.

No lograba dormir lo suficiente. Se pasaba los días luchando desesperadamente por conseguir algo de silencio.

Una vez no pudo más. Y colgó una angustiada proclama en su puerta:

«Aquí intenta dormir un semidifunto. Es oficial. Guarden silencio».

Y de pronto todo quedó en silencio. Un silencio inesperado y extraño. Tijomírov recorría el pasillo en calcetines. Agarraba a todo el que pasara por la manga y repetía en un silbido:

—¡Silencio! ¡En casa de la Dovlátova duerme un oficial!

El coronel se alegraba de que, por fin, mi madre fuera feliz. Y, por si fuera poco, con un camarada políticamente correcto. Además, el desconocido oficial le infundía cierto temor. Podía resultar que el militar fuera de mayor graduación que Tijomírov.

El silencio duró una semana. Se descubrió el engaño.

Mi madre nació en Tblisi. De niña se dedicaba a la música. Cierta dama rusa le daba clases gratis.

La vida era alegre. Primero, porque vivían en el Sur. Y además eran cuatro niños en la familia.

La hermana Mara era una niña traviesa y lista. La hermana Anelia, un mal bicho y además caprichosa. Y el hermano pequeño, Roman, un niño insolente y peleón. Mi madre era la más corriente de todos.

Schopenhauer escribió que la gente no cambia en absoluto.

¿Entonces cómo puede ser que la tía Mara se convirtiese en una severa redactora literaria?

¿Por qué el gamberro y peleón tío Roman llegó a ser el más ordinario de los funcionarios?

¿Por qué la caprichosa y viperina Anelia se transformó con los años en la persona más bondadosa, honesta y tolerante? ¿Tan carente de defectos que hasta resulta aburrido escribir sobre ella?...

¿Y qué decir de mi madre, que vive en la selva capitalista, lee el «Eco» y en el supermercado, presa de impotencia, pasa a hablar en georgiano?...

De su juventud sé muy poco. En los años treinta las hermanas dejaron Georgia. Y se instalaron en Leningrado.

Tía Anelia ingresó en la facultad de lenguas extranjeras.

Tía Mara trabajaba en una editorial.

Mi madre se inscribió en el conservatorio. Y al mismo tiempo en el instituto del teatro. Se presentó simultáneamente a los dos exámenes. (Entonces estaba permitido). Y la admitieron en ambos centros. Mi madre dice que entonces admitían a todo el mundo. Se estaba forjando una nueva intelectualidad desclasada.

Ella se decidió por el instituto del teatro. Creo que fue un error.

Por lo general, hay que evitar todas las profesiones relacionadas con la creación. Si no lo puedes evitar, entonces es otro tema. En tal caso, no tienes otra salida. Quiere decir que no eres tú quien la has elegido, sino ella a ti...

Mi madre trabajó unos cuantos años en el teatro. En las pocas reseñas que he leído, se la alababa.

Y sus compañeros, como se dice, la respetaban. El actor Bernatski, por ejemplo, decía:

—Si no fuera por Nora... ¡Con qué gusto le rompería a Donat la cara!...

Donat es mi padre. Que reaccionaba del modo siguiente:

—Con una cara como la de Zhenia Bernatski no se debería salir de casa...

Luego nací yo. Mis padres se peleaban a menudo. Luego se separaron. Yo me quedé.

Mi madre no estaba para giras. Y dejó el teatro.

E hizo bien. Observé a muchos de sus conocidos, gentes entregadas al teatro hasta su muerte. Era aquél un mundo emponzoñado por el amor propio, lleno de ambiciones pisoteadas, de inacabables maledicciones contra los papeles que les tocaban a los otros. Un mundo de seres hundidos en la miseria, de gente vengativa y

envidiosa...

Mi madre se hizo correctora. E incluso una correctora espléndida. Al parecer tenía talento para ello. Porque no sabía nada en absoluto de gramática. En cambio tenía intuición de correctora. A veces sucede.

Creo que su talento era congénito. Tenía, si se puede decir así, un sentido ético de la ortografía. Por ejemplo, decía refiriéndose a alguien:

—¿Sabes? Es uno de esos que escribe «en general» con guión...

Que significaba el grado extremo de decadencia moral.

Sobre una persona hueca y frívola, pero simpática, decía:

—Una viejuca, con «u».

Mi madre trabajaba de la mañana a la noche. Yo comía mucho, crecía. Mi madre, en cambio, se alimentaba sobre todo de patatas. Hasta los diecisiete años estuve completamente convencido de que a mi madre le gustaban las patatas más que nada en el mundo. (Aquí, en Nueva York, me he convencido definitivamente de que no era cierto...).

Nuestra casa comunal era triste, aunque llena de gente. Los incidentes eran muy raros.

Una vez al coronel Tijomírov se le presentó en casa un pariente lejano, un tal Suchkov. Un tipo corpulento y patoso llegado de la aldea de Duliovo.

—Tío —dijo ya en el umbral de la puerta—: concédame una cooperación material en la forma de tres rublos. En caso contrario, iré por mal camino...

—El primer mal paso ya lo has dado —replicó Tijomírov—, por pedirme dinero. Porque no tengo. De modo que no cuentes con eso.

El sobrino se sentó en el baúl comunal y se echó a llorar. Y allí estuvo sentado hasta la hora del almuerzo.

Por fin mi madre le dijo:

—Pase. Seguramente tendrá hambre.

—Hambre atrasada —confirmó Suchkov.

Se instaló en nuestro cuarto. Se pasaba el día comiendo y paseando por Leningrado. Por las noches tomaba té y miraba la televisión. Era la primera vez que veía la tele.

El coronel Tijomírov se mantenía en una postura neutral. Sólo dejó de saludar a mi madre.

Finalmente mi madre le preguntó a Suchkov:

—Volodia, ¿qué planes tiene?

Suchkov suspiró:

—Si pudiera conseguir dinero para libros... Y para leña... Quiero estudiar —concluyó con el tono de voz de un joven Lomonósov^[10].

Y añadió con aire severo:

—Si no, temo que iré por mal camino.

Mi madre pidió prestados quince rublos a una vecina. Le compró un billete de

tren.

Cuarenta minutos antes de partir, Volodia pidió té.

Se tomaba una taza tras otra disolviendo en ellas cantidades ilimitadas de azúcar. Parecía como si el hombre quisiera agotar hasta el fondo la inesperada generosidad que le brindaba el mundo circundante.

—No vayas a perder el tren —decía alarmada mi madre.

Suchkov se secaba la cara con un periódico y no paraba de repetir:

—Qué sed; cómo me pide agua el cuerpo...

Y mi madre no pudo más:

—¡Pues ve y ahógate de una vez! —gritó.

—Qué miserable es usted, Nonna Stepánovna —le reprochó el futuro Lomonósov confundiéndolo todo a la vez: el nombre, el patronímico y los hechos...

Se levantó. Recorrió con mirada trágica el salchichón y el azúcar, se desentumeció los hombros y echó a andar por el mal camino...

Así vivíamos.

Yo no paraba de darle disgustos a mi madre.

Para empezar estudiaba mal. Mal y de manera desigual. Es decir, a veces llegaba a participar en alguna olimpiada química regional. Y luego seguían sin parar los suspensos. Hasta en literatura. En el 54 me dieron un premio en el concurso de jóvenes poetas de toda la URSS. Fuimos tres los finalistas: Lionia Diátlov, Sasha Makárov y yo. Años más tarde Lionia se convirtió en un borracho. Makárov traduce versos de la lengua komi^[11]. Y yo la verdad es que dios sabe a qué me dedico. Pero entonces éramos los vencedores. Los premios nos los entregó Samuil Yákovlevich Marshak^[12].

El concurso quedó atrás y volvieron los suspensos. Que además no me caían por librepensador, sino por lelo. Copiaba sin piedad hasta los trabajos de curso más sencillos. Hasta hoy no he leído *La joven guardia*. (Y ahora ya no la voy a leer...).

En una palabra, era un mal estudiante. Andaba con la escoria de la escuela. Más aún, fumaba y bebía un poco.

En la universidad seguí siendo un mal estudiante. En cambio, amenazaba constantemente a mi madre con casarme. Y, por si fuera poco, Dios sabe con quien...

Luego me llamaron al ejército.

También fui un mal recluta. Carecía del más mínimo espíritu guerrero. Me pasé toda la mili con la chapa del cinto sin limpiar.

Luego me desmovilizaron.

Me puse a trabajar en diferentes periódicos. Cambiaba sin parar de diario. Y además escribía relatos.

Los relatos, como es natural, no me los publicaban. Empecé a beber más. La máscara de un genio incomprendido me hacía algo más llevadera la existencia.

Los amigos eran de la misma cuerda. Barbudos, enigmáticos, tenebrosos. Además, no se lavaban las manos en el baño. Mi madre era muy estricta en este

sentido. Más rigurosa aún que en lo tocante a la ortografía.

Si un amigo mío se dirigía al baño, mi madre se quedaba en vilo. Según las tonalidades de los chorros del agua, determinaba si se lavaba las manos o no. Mi madre esperaba atenta. Primero no se oía nada. Le seguía el poderoso retumbar del agua de la cisterna. Y acto seguido se abría la puerta: de modo que no se las había lavado...

Entonces mi madre se tornaba solícita y nerviosa:

—¿Quizá se ha acabado el jabón? ¿Quiere una toalla limpia?

Hacía preguntas insinuantes. Se esforzaba insistentemente en que mi amigo se preocupara de su higiene.

Pero éste contestaba:

—No se preocupe. Todo en orden...

Otros sólo la miraban con asombro.

Pero si el amigo tardaba, si el fragoroso torrente de la cisterna se convertía en el sutil correr del grifo, mi madre no cabía en sí de gozo. Se deleitaba con el silencio que seguía. Captaba el frote de la toalla.

A estos invitados les ofrecía café. Charlaba con ellos de Rajmáninov...

Pero eso ocurría en raras ocasiones. En una palabra, así eran mis amigos...

Tampoco a ellos los publicaban. Mis amigos se lo tomaban muy mal y expresaban ruidosamente su dolor. Bebían vino peleón y se consideraban genios. Casi todos mis amigos eran genios. Y algunos incluso lo eran en diferentes campos a la vez. Por ejemplo, Sasha Kondrátov era un genio en matemáticas, lingüística, poesía, física y arte circense. Adornaba su meñique un anillo de plomo con una calavera.

A mi madre le caían simpáticos mis amigos, les daba de comer. Escuchaba sus discursos engreídos y delirantes.

Ella ejercía de pueblo. (¡Y qué genio puede existir sin el pueblo, sin el populacho! ...). Hacía a sabiendas las preguntas más ingenuas. Se diría que asumía el papel del griterío que suena en una sala repleta.

—Y dígame, ¿Paustovski tiene talento? —preguntaba.

—¡Paustovski es una mierda! —reaccionaba, exquisito, el contertulio.

—¿Y Katáyev?

—¡Una mierda y media!

En el 76 tres de mis relatos aparecieron publicados en Occidente. Desde entonces las ediciones soviéticas quedaron vetadas para mí. (Como, de hecho, lo estaban también antes). Me sentía a la vez orgulloso y asustado.

Mis amigos reaccionaban de un modo variopinto. Unos me avisaban:

—Ya lo verás, te pondrán entre rejas. Te endosarán algún crimen y adiós muy buenas...

Otros se expresaban del siguiente modo:

—¿Que te han publicado? ¿Y qué? Las tiradas en Occidente son microscópicas. Pasarás desapercibido. Y aquí se te cerrarán todas las puertas.

Los terceros parecía que me criticaran:

—Un escritor debe publicar en su país...

Sólo mi madre repetía sin cesar:

—¡Qué contenta estoy: por fin te publican!...

Luego vinieron los disgustos. Me echaron de todas partes. Me privaron de la menor chapuza.

Me coloqué de vigilante en una estúpida barcaza. Y hasta de allí me echaron.

Me puse a beber mucho. Mi mujer y mi hija se marcharon a Occidente. Nos quedamos los dos solos. Mejor dicho, los tres. Mi madre, yo y la perra Glasha.

Fui sometido a una cacería en toda regla. Se me acusaba por tres artículos del Código Criminal. Por la ley de Vagos y maleantes, por desobediencia a la autoridad y por «otras armas blancas».

Las tres acusaciones eran falsas.

La milicia me venía a buscar casi cada día.

Pero yo había tomado mis medidas de seguridad.

Vivíamos en un quinto piso sin ascensor. En la ventana de la casa de enfrente se apostaba siempre Guena Sajno. Era un periodista alcoholizado y, como muchos alcohólicos, una persona de una nobleza cegadora. Se pasaba los días vaciando botellas de «oportó» junto a la ventana.

Si a nuestro portal se dirigía la milicia, Guena llamaba:

—Llegan las putas —informaba lacónico.

Y yo echaba el cerrojo.

La milicia se marchaba con las manos vacías. Y Guena recibía su bien ganado rublo.

Así vivíamos.

Mi madre seguía repitiendo:

—Cómo me alegro de que por fin te publiquen...

Luego inesperadamente me metieron en la cárcel. No quisiera entrar en detalles. Sólo diré una cosa: la cárcel no me gustó.

Antes le decía a un primo hermano mayor:

—Tú has estado en el campo... Yo he servido en él. ¿Qué diferencia hay?... Lo mismo da.

Entonces comprendí. No es ni mucho menos lo mismo. Pero no quiero entrar en detalles.

Luego, inesperadamente, me soltaron. Y me propusieron salir del país. Y acepté.

Ni siquiera le pregunté a mi madre si estaba dispuesta a partir. Me asombraba que hubiera familias en las que este problema se solventara de manera lenta y trágica.

Tampoco con Glasha hubo problemas. Tuve que pagar por ella algún dinero. A dos sesenta el kilo de su peso. Valoraron a Glasha algo por encima del lomo de cerdo. Pero mucho más barato que la *nototenia*...

Ahora estamos en Nueva York y ya no nos separaremos. Tampoco antes nos

separábamos. Hasta cuando me marchaba para un largo viaje...

CAPÍTULO VIII

AMI padre siempre le ha gustado destacar. De modo que se hizo actor.

La vida le parecía un grandioso espectáculo teatral. Stalin le recordaba a los malvados de Shakespeare. El pueblo callaba, como en *Borís Godunov*^[13].

No era una comedia, tampoco una tragedia, sino un drama. A fin de cuentas, el bien triunfaba sobre el mal. Los bajos instintos se nivelaban con las pasiones sublimes. La alegría y la tristeza cabalgaban juntas. Y el personaje central siempre daba la talla.

El héroe principal era él mismo.

Creo que mi padre tenía cualidades. Cantaba cuplés sin tener oído. Y con su desgarbado aspecto de muchacho judío, bailaba. Podía aparentar valor. Lo que es propiamente el arte de fingir...

Vladivostok era una ciudad teatral, parecida a Odessa. En los restaurantes del puerto armaban jarana los marineros extranjeros. En los jardines de la ciudad sonaba música africana. Por la calle principal, la Svetlanka, deambulaban los chulos del lugar con pantalones de un verde venenoso. En los cafés se discutía el último suicidio, el fin de un amor no correspondido...

El abuelo Isaak era una personalidad teatral. Exgastador de la guardia real, atleta y camorrista, el abuelo despreciaba un poco a sus hijos. Uno escribía versos. El segundo hacía de actor. El más práctico resultó ser el pequeño, Leopold. Pero éste, a los dieciocho años, huyó para siempre de casa.

Mi padre también escribía versos. En ellos se hablaba de la atracción de la muerte. Tendencia que expresaba, a mi entender, un exceso de fuerzas vitales. Los versos le interesaban a modo de ingrediente para la escena.

También le gustaba el tenis. Los jugadores de tenis vestían trajes muy llamativos. Los jueces hablaban en inglés...

Como muchos jóvenes de provincias, mi padre y sus hermanos se sentían atraídos por las capitales. Mijaíl se marchó a Leningrado para perfeccionar su talento poético. Donat siguió sus pasos. El más impetuoso Leopold apareció en Shanghai.

Mi padre ingresó en el instituto del teatro. Y, como representante de la nueva intelectualidad, terminó sus estudios bastante rápido. Se hizo director. Todo iba bien.

Lo admitieron en el teatro académico. Trabajó con Vivien, Tolubéyev, Cherkásov y Adashevski.^[14]

He leído críticas favorables de sus espectáculos.

También he visto malas reseñas a las puestas en escena de Meyerhold^[15]. Se escribieron más o menos en la misma época.

Luego llegaron los malos tiempos. Los amigos de mis padres empezaron a desaparecer repentinamente.

Mi madre maldecía a Stalin. Mi padre pensaba de otro modo. Pues desaparecía la gente más ordinaria. Y cada uno, aparte de sus cualidades, tenía importantes defectos. Si uno se paraba a pensar, en cada cual había algo negativo. Algo que permitía a los demás conciliarse con su pérdida.

Cuando se llevaron al director de música coral Lialin, que vivía en el piso de abajo, mi padre recordó que Lialin era antisemita. Cuando arrestaron al filólogo Roguinski, se descubrió que Roguinski bebía. El presentador Zatsepin trataba mal a las mujeres. Y al maquillador Sidélnikov le gustaban los hombres. En cambio el cineasta Shapiro, aun siendo judío, se comportaba, no obstante, con un aplomo increíble.

Es decir, se representaba un drama donde el pecado recibía su merecido castigo.

Luego arrestaron al abuelo. Lo detuvieron, sin más. Para mi padre aquello fue una completa sorpresa. Por cuanto el abuelo era sin duda alguna una persona buena.

El abuelo tenía sus debilidades, pero eran pocas. Y además todas eran de carácter personal. Comía mucho...

El drama se convirtió en tragedia. Mi padre se sintió desconcertado. Comprendió que la muerte rondaba cerca. Que el héroe principal se hallaba en peligro. Como en las tragedias de Shakespeare.

Luego a mi padre lo echaron del teatro. Por lo demás, siguiendo sus propias teorías, ¿cómo no echarlo? Judío; el padre, fusilado; un hermano en el extranjero, etcétera.

Mi padre se puso a escribir guiones para espectáculos de variedades. Escribía folletines, cuplés, miniaturas, intermedios. Se convirtió en autor profesional de intermedios y se pasaba el día inventando bromas. Se trata de una actividad que, como es bien sabido, priva a quien la practica del más mínimo optimismo.

Uno de sus intermedios en verso se me ha grabado para siempre en la memoria:

Un día vi al director,
que es fuerte como un alce.
Aunque son lustros
ya que no veo carne de alce...

Le pregunté a mi padre que quería decir con aquello. Cómo entender los conceptos enlazados en aquel absurdo cuarteto.

Mi padre se enfadó y exclamó con voz trágica y altisonante:

—¡No captas el sentido! ¡Lo que pasa es que no tienes ni gota de sentido del humor!...

Luego se quedó pensativo. Se retiró unos cuarenta minutos. Y acto seguido nos agasajó triunfal con una nueva versión:

Qué buen tipo el director,
es más fresco que un pepino.
Pero hace lustros ya
que no veo los pepinos...

—¿Qué tal?

—Los pepinos se venden en cualquier esquina —comentó mi madre.

—Bueno ¿y qué?

—Que no es creíble.

—¿Cómo que no? ¿Qué es lo que no es creíble?

—Pues eso de los pepinos. Más te valdría hablar de las salchichas.

Mi padre se agarró la cabeza y gritó:

—¿Qué tienen que ver aquí las salchichas? ¡Ni que yo fuera una ama de casa! ¡Vuestra miserable vida no me interesa un bledo!... «No es creíble» —repetía mi padre mientras se marchaba a su despacho.

Yo sabía que escribía a escondidas poemas líricos. Al cabo de veinte años los leí. Por desgracia, no me gustaron.

Sus intermedios en los conciertos de variedades eran mejores. Por ejemplo, sale a escena el presentador y anuncia:

—Ahora Rubina Kalantarián cantará una cancioncilla mejicana: «La flor encendida». Éste es su contenido: Juanito me ha regalado una flor encendida. Soy pobre, me ha dicho Juanito, y no puedo regalarte un collar de perlas. Toma pues, al menos, esta flor... Juanito, le he dicho yo, me has regalado algo más valioso que un collar de perlas. ¡Me has regalado tu amor!... Así, pues, Rubina Kalantarián. La canción mejicana «La flor encendida». La canción será interpretada ¡EN RUSO!...

La gente en la sala se reía; de eso me acuerdo...

Mi padre tenía un aire romántico. En su rostro se reflejaba una imponentia injustificada y excesiva. Parecía joven y bastante elegante. Y a pesar de ello, se le podía confundir con un personaje de *Los bajos fondos* de Gorki. Recordaba a la vez a Pushkin y a un parado norteamericano.

Mi padre bebía, claro está. Quizá, no más que los demás. Pero lo hacía de manera más ostensible. En una palabra, lo tomaban por un borracho, y hacían mal. Su talento artístico, incluso estando sobrio, sorprendía bastante a la gente...

Mi padre era un gran creador de juegos de palabras y bromas. Mi madre *tenía* sentido del humor. (Que es la distancia que separa a un panadero de una persona

hambrienta). Gente tan distinta no podían coexistir, está claro.

Como todos los hombres frívolos, mi padre era un ser benevolente. Mi madre, una persona cortante e incapaz de contenerse. Su desmedido rigor moral no toleraba componendas. Cualquiera de sus gestos adquiriría el carácter de una autoinmolación. Y en la despiadada luz de su pureza moral, los defectos de mi padre brillaban de manera catastrófica.

Se separaron cuando yo tenía ocho años...

Así, pues, el culto a la personalidad, la guerra, la evacuación. Luego el divorcio, las chapuzas, las mujeres. El restaurante del Palacio de las Artes...

Siempre estaba rodeado de personajes impresentables. Aunque él siempre fue una persona correcta. Y en cuanto al dinero, hasta se le podía considerar puntilloso.

A mí me impresionaba su indulgencia hacia los demás. Al hombre que lo echó del teatro, mi madre lo odió toda su vida. En cambio, mi padre al cabo de un mes estaba tomando copas con él...

Pasaban los años. El hijo se hizo mayor. Desenmascararon al caudillo. Rehabilitaron al abuelo, como dijeron, «por ausencia de delito».

Y mi padre cobró nuevas fuerzas. Se le antojaba que había llegado el acto tercero y final del drama de su vida. Y que al fin el bien iba a triunfar. Hasta se podía decir que ya había triunfado...

Se casó por segunda vez. Se enamoró de él una joven y simpática mujer, técnico de profesión. Quizá lo tomara por un genio estrafalario. A veces sucede...

En una palabra, las cosas se iban arreglando. La obra recobraba su ritmo perdido. Se restablecían las leyes, antes transgredidas, del drama clásico.

Y ¿qué vino luego? Pues nada de particular. Gobernaban el país unos dirigentes indefinidos, privados de toda individualidad. En el arte reinaba una unanimidad mustia e incolora.

Se diría que no se fusilaba a la gente. Ni se la encerraba. O, mejor dicho, los encerraban, pero menos. Y además por algún hecho real. O, al menos, por alguna expresión dicha imprudentemente en público. Es decir, por algo. Y no como antes...

Y sin embargo, en tiempos de Stalin las cosas iban mejor. En época de Stalin se editaban libros, luego se fusilaba a sus autores. Ahora no se fusila a los escritores. Tampoco publican sus libros. No se cierran los teatros judíos. Porque no los hay...

Los herederos de Stalin decepcionaron a mi padre. Les faltaba grandeza, brillo, teatralidad. Mi padre estaba dispuesto a aceptar la tiranía, pero una tiranía oriental, llena de color y algo salvaje.

Estaba convencido de que no tendrían que haber enterrado a Stalin. No se lo podía enterrar como a un simple mortal. No se debía haber escrito sobre su enfermedad, sobre su derrame cerebral. Y además publicar su análisis de orina, algo completamente fuera de lugar.

Deberían haber anunciado que Stalin se había ido volando. O incluso escribir que sencillamente había desaparecido. Y todos se lo hubieran creído. Y habría seguido

viva la gran leyenda. ¿En qué era peor Stalin a aquel chico de Nazaret?...

Porque lo que es ahora, miras a la tribuna del mausoleo y ¿qué ves?: a unos tipos huraños y cebados. Algo así como unos jubilados bien vestidos...

La vida cada vez era más monótona y gris. Hasta las maldades adquirían un carácter mustio y cotidiano. El bien degeneraba en apatía. De las buenas personas se decía que no eran chivatos...

Yo no recuerdo que a mi padre le preocupara en serio la vida. A él le interesaba el teatro. La montaña de palabras, pensamientos y actos de mi padre casi no dejaba ver su alma pura y absurda.

Me viene a la memoria su conversación con el escritor Minchkovski. Minchkovski después de unos cuantos tragos dijo:

—Donat, imagínate, he sido informador.

Mi padre se indignó:

—¡Nunca más te daré la mano!

Minchkovski añadió:

—A la buena gente no le hacía nada. Sólo informaba de los malos.

Mi padre se quedó un instante pensativo y pronunció:

—Pero, Arkadi, ¿quién te ha nombrado a ti juez? ¿Qué significa eso de buenos y malos? ¿Por qué justamente tú debías decidir quién era bueno o malo? ¿O acaso eres Cristo? (Esta última frase creo que algún día se le tendrá en cuenta a mi padre).

Minchkovski le aclaró de nuevo su postura:

—Los malos son quienes no invitan a sus amigos... Los que beben a solas...

—Siendo así... —dijo mi padre.

Por aquella época era casi catedrático de un instituto musical, donde a iniciativa de mi padre se había creado una clase de variedades.

Allí daba clases. A los estudiantes los llamaba discípulos. Como Pitágoras...

Los estudiantes lo querían por su espíritu democrático.

Pero el ambiente en aquel instituto era bastante irrespirable. Uno de los profesores escribió una denuncia. En ella decía que mi padre pervertía a los jóvenes. Iba con ellos a los restaurantes. Galanteaba con algunas muchachas jóvenes. Etcétera. La denuncia era anónima.

Llamaron a mi padre a la dirección. Le mostraron el desdichado papel. Mi padre sacó una lupa y dijo:

—¿Me permiten examinarlo?

Se lo permitieron.

Mi padre se inclinó sobre la hoja de papel. Al cabo de un rato resonó un sordo farfalleo:

—Bien... Mayúsculas bien marcadas... Pelo castaño... Espacio entre la «be» y el signo duro... Ojos achinados... Óvalo sin cerrar... Fuma sin parar... «R» que parece una «e»... Zapatos del cuarenta y tres... bien... Rabo corto en la «d»... Bigotes... La barra... Línea cortada... Shurka Boguslavski...

Y acto seguido mi padre se puso en pie para declarar en tono triunfal:

—¡Esto lo ha escrito Shúrik Boguslavski!

Desenmascararon al autor del anónimo. La investigación grafológica emprendida por mi padre se ejecutó de manera brillante. Boguslavski reconoció su acción.

Se convocó una reunión. Y mi padre dijo:

—¡Shura! ¡Aleksandr Guérmanovich! ¿Cómo tú, un miembro del Partido, has podido hacer una cosa así?

Yo luego le comenté a mi padre:

—El que Boguslavski sea comunista es algo del todo lógico. Esto es lo lógico y natural.

Pero mi padre seguía exclamando abatido:

—Un comunista... Un miembro del Partido... Una persona en quien los demás confían...

Había en mi padre una incapacidad profunda y persistente a la hora de comprender la vida real...

Pero, entretanto, los acontecimientos iban adquiriendo un perfil cada vez más confuso. A mí me publicaban en Occidente. La hija de mi padre se había enamorado de un joven sionista, Lionia. Los recién casados se disponían a emigrar. Yo me hallaba a medio camino entre la cárcel y París...

Al final, a mi padre lo echaron del trabajo.

—Mejor —le dije—. Nos marchamos juntos.

—¿A dónde?

—A donde quieras. A la jungla capitalista.

—¿Y allí qué voy a hacer?

—Nada. Envejecer.

Mi padre casi se enfada. ¡Eso mismo: abandonar la escena en el tercer acto! ¡Cuando faltan tres minutos para los aplausos!...

¿Qué podía decirle? ¿Que nosotros no éramos la escena, sino el gallinero? ¿Que había llegado el entreacto? ¿Que éste podía prolongarse hasta el juicio final?...

(Aunque mi padre tal vez ni supiera qué era el juicio final).

Primero se marcharon mi mujer y mi hija. Luego la hermana con Lionia. Tras ellos, yo, mi madre y la perra...

Al cabo de un año llegó a América mi padre. Se instaló en Nueva Jersey. Juega al bingo. Todo normal. Y de momento los aplausos se hacen esperar...

Hay una sola cosa que me preocupa... No es que me preocupe, sino más bien me asombra, digamos... Mi mujer, en cada ocasión que se tercia... Ante cada suceso o en cualquier reunión literaria... En una palabra, haga yo lo que haga, mi mujer siempre repite:

—¡Dios mío, cómo te pareces a tu padre!...

CAPÍTULO IX

LA VIDA había hecho de mi primo un delincuente. Creo que tuvo suerte. Si no, se hubiera convertido, sin duda, en un alto funcionario del Partido.

Así es, y para ello había un sinfín de las más diversas premisas. Pero no nos adelantemos a los hechos...

Mi tía era una conocida redactora literaria. Su marido, Arón, dirigía un hospital militar. Además daba conferencias y coleccionaba sellos. Era una familia unida, una buena familia...

Mi primo, que era mayor que yo, nació en unas circunstancias harto misteriosas. Antes de casarse, mi tía tuvo un romance. Se enamoró del segundo de Serguéi Mirónovich Kírov^[16]. Se llamaba Aleksandr Ugárov. Los viejos de Leningrado recuerdan a este destacado dirigente del Partido.

Ugárov tenía una familia. Y además de a su familia, quería a la tía.

Y mi tía quedó embarazada.

Llegó la hora de dar a luz. Y se la llevaron al hospital.

Mi madre se dirigió al Smólny^[17]. Consiguió que la recibieran. Le habló al segundo de Kírov de su hermana y de sus problemas.

Ugárov dio con gesto huraño unas cuantas órdenes. Y la servidumbre del alto comité se dirigió en formación a la maternidad llevando flores y frutas. En la alcoba de la tía apareció una diminuta mesa con incrustaciones. Al parecer requisada a algún enemigo de clase.

Mi tía dio a luz a Boria, un niño sano y simpático. Mi madre decidió dirigirse de nuevo al comité regional del Partido. No consiguió que la recibieran. Y no porque Ugárov se negara olímpicamente a recibirla. Más bien fue al revés. En uno de aquellos días arrestaron al feliz papaíto, acusado de enemigo del pueblo.

Corría el año 38... La tía se quedó sola con el niño.

Menos mal que Ugárov no era su marido. En caso contrario, habrían deportado a mi tía. En cambio deportaron a la mujer y a los hijos de Ugárov. Lo cual, por supuesto, tampoco es como para alegrarse.

Por lo que se ve, la tía sabía a qué se arriesgaba. Era una mujer hermosa, enérgica e independiente. Y si algo le daba miedo era sólo la crítica del Partido...

En eso apareció Arón. Al parecer, Arón estaba enamorado de la tía. Y le ofreció su mano y su corazón.

Arón era hijo del propietario de una sombrerería. Por lo demás, no tenía el aspecto del típico judío: miope, escuálido y pensativo. Era un hombre alto, fuerte y valiente. Estudiante revolucionario, soldado del Ejército Rojo y «nepman». Luego administrativo. Y finalmente, a la vejez, revisionista y disidente...

Arón veneraba a mi tía. El niño lo llamaba papá...

Empezó la guerra. Aparecimos en Novosibirsk. Boria había cumplido los tres años. Iba al jardín de infancia. Yo era un niño de pecho.

Boria me traía pedazos de azúcar. Se los guardaba en la boca dentro de la mejilla. En casa los sacaba y los colocaba en un plato.

Yo me hacía el caprichoso, no quería comerme el azúcar. Boria les decía alarmado a mis padres:

—Que el azúcar se derrite...

Luego acabó al guerra. Y ya no pasamos más hambre...

Mi primo crecía; era un hermoso adolescente de aspecto europeo occidental. Tenía los ojos claros, el pelo oscuro y rizado. Se parecía a los jóvenes héroes del cine italiano progresista. Así lo creían nuestros mayores...

Y un niño soviético modelo. Pionero, el primero de la clase, futbolista y recogedor de chatarra. Llevaba un diario en que recogía las frases sabias. Plantó un abedul en su patio. En el círculo dramático le encargaban los papeles de joven guardia rojo...

Yo era más pequeño, pero peor. Siempre me lo ponían de ejemplo.

Era un chico que decía siempre la verdad, tímido y muy leído. A mí me decían: Boria estudia bien, ayuda a sus padres, hace deporte... Boria sacó el primer premio en la olimpiada regional... Boria ha curado un polluelo herido... Boria ha construido un aparato de detección. (Hasta hoy no sé qué eso...).

Y de pronto sucedió algo fantástico... Algo imposible describir... Literalmente no tengo palabras...

En una palabra, mi primo se orinó en el director de la escuela.

La cosa ocurrió después de las clases. Boria estaba trabajando en el periódico mural dedicado al Día del Gimnasta. A su lado se agolpaban sus compañeros de clase.

Alguien anunció mirando por la ventana:

—Ahí va el sabueso...

(Así llamaban al director de la escuela, a Chebotariov).

Y acto seguido mi primo se subió a la repisa de la ventana. Les dijo a las chicas que se dieran la vuelta. Calculó con buen ojo la trayectoria. Y dejó a Chebotariov calado de pies a cabeza...

Fue algo increíble y espantoso. Era imposible creerlo. Pasado un mes algunos de los presentes dudaban de que aquello realmente hubiera sucedido. Tan monstruosa

resultaba la escena.

La reacción del director también fue bastante inesperada. Perdió por completo la compostura. De pronto se puso a rugir como el más vulgar hampón de un campo de trabajo:

—¡Piojos como tú he corrido a hostias en la trena! ¡Te voy a hacer tragar toda tu mierda!... ¡Sarnoso hijo de perra!...

En el director Chebotariov despertó el jefe de campo de trabajo que había sido. ¿Quién lo hubiera dicho? Con sus sombreros de fieltro verde, su abrigo de lana chino y su abultada cartera...

Mi primo cometió aquel acto una semana antes de acabar la escuela. Viéndose privado por ello de la medalla de honor.

Los padres lograron a duras penas convencer al director para que firmara el certificado de estudios...

Entonces yo le pregunté:

—¿Por qué lo has hecho?

Mi primo me contestó:

—He hecho aquello en lo que sueña en secreto todo alumno. Y al ver al Sabueso comprendí: ¡O ahora o nunca! ¡O lo hago, o me pierdo el respeto para el resto de mi vida!...

Yo ya entonces era un joven bastante malvado. Le dije:

—Dentro de cien años, en la fachada de vuestra escuela pondrán una placa memorial: «Aquí estudió Borís Dovlátov, con todas las insólitas consecuencias derivadas del hecho...».

El acto abominable de mi primo se comentó durante meses. Luego Borís ingresó en el instituto del teatro. Había decidido ser especialista en arte. Su crimen fue cayendo en el olvido. Y más cuando estudiaba de manera magistral. Era el secretario de la organización del Komsomol^[18]. También donante, redactor del mural y portero del equipo...

Cuando se hizo hombre se tornó aún más guapo. Se parecía a un actor italiano. Las muchachas lo perseguían con sincero entusiasmo.

Él en cambio era un joven virtuoso y tímido. La coquetería femenina lo abrumaba. Me acuerdo de las frases que apuntaba en su diario de estudiante:

«Lo principal en un libro y en una mujer no es la forma sino el contenido...».

Incluso ahora, después de las incontables decepciones de la vida, este planteamiento me parece algo triste. A mí, como antes, sólo me gustan las mujeres guapas.

Más aún, estoy lleno de prejuicios. Yo creo, por ejemplo, que todas las mujeres gordas son mentirosas. Especialmente si la gordura viene acompañada de un busto pequeño...

Aunque no estamos hablando de mí...

Mi primo terminó sus estudios en el instituto. Sacó un diploma con premio

especial. Y un expediente del Komsomol inmaculado.

Boria se encontraba entre los voluntarios para ir a trabajar en las tierras vírgenes, era jefe de un batallón de construcción. Activista de las brigadas de orden público. Flagelo de las tendencias pequeñoburguesas y de los vestigios del capitalismo en la conciencia de los hombres.

Tenía los ojos más honestos del barrio.

Se convirtió en director literario. Entró a trabajar en el Teatro del Komsomol leninista. Algo casi impensable. Un chaval, estudiante sólo ayer, ¡y un cargo como aquél!...

En su condición de director literario, era exigente y responsable. Luchaba por un arte progresista. Pero lo hacía con tacto, medida y prudencia. Metía hábilmente en el repertorio a Vampílov, a Borshagovski, a Mrozek...

Lo temían los dramaturgos soviéticos más consagrados. Y lo adoraba la levantisca juventud teatral.

Lo mandaban a viajes de trabajo de gran responsabilidad. Participó en varias reuniones del Kremlin. Algunos le recomendaban con tacto que ingresara en el Partido. Borís dudaba. No se creía digno de tan alto honor...

Y de pronto mi primito de nuevo dio la campanada. Ni siquiera sé cómo decirlo mejor... En una palabra, Boria cometió doce robos.

En el instituto tenía un amiguete de apellido Tsapin. Pues con este Tsapin desvalijó doce autobuses de turistas extranjeros. Se llevaron las maletas, las radios, los magnetofones, los paraguas, las gabardinas y los sombreros. Y, por cierto, las ruedas de recambio.

Los detuvieron al día siguiente. Aquello fue un *shock*. Mi tía corrió a ver a su amigo Yuri Guerman. Éste llamó a sus amigos, generales de la milicia.

En el juicio defendió a mi primo el mejor abogado de la ciudad, Kiseliiov.

Durante el juicio salieron a la luz algunos pormenores y detalles. Quedó demostrado que las víctimas del robo eran representantes de países en vías de desarrollo. Así como miembros de organizaciones socialistas de izquierdas.

Kiseliiov decidió aprovechar esta circunstancia. Le planteó a mi primo la siguiente pregunta:

—Acusado Dovlátov, ¿sabía usted que se trataba de ciudadanos de países en vías de desarrollo? ¿Y, también, representantes de organizaciones socialistas?

—Lamentablemente, no —respondió sensato Borís.

—¿Y si lo hubiera sabido?... ¿Se habría decidido a atentar contra sus propiedades privadas?

La cara de mi primo expresó la mayor de las ofensas. La pregunta del abogado le pareció carente de todo tacto. Borís levantó enojado las cejas. Lo que quería decir: «¿Cómo se le ocurre hacerme semejante pregunta? ¿Cómo puede pensar que?...».

Kiseliiov se animó de manera perceptible.

—Bien —dijo—. Y finalmente la última pregunta. ¿No había pensado usted que

estos señores eran representantes de las capas reaccionarias de la sociedad?...

En ese momento lo interrumpió el juez:

—¡Camarada Kiseliiov, no haga del acusado un luchador de la revolución mundial!...

Pero Borís tuvo tiempo de asentir con la cabeza. Como quien dice: esta suposición me había pasado por la cabeza...

El juez alzó la voz:

—A ver si nos atenemos a los hechos...

A mi primo le echaron tres años.

En el juicio se mantuvo con valentía y humildad. Sonreía y ponía nervioso al juez.

Cuando se hizo público el veredicto, mi primo no tembló. Se lo llevaron escoltado de la sala del tribunal.

Luego vino el recurso de casación... Dios sabe cuánto papeleo, conversaciones y llamadas. Pero todo fue inútil.

Mi primo dio con sus huesos en Tiumen. En un campo de régimen intensivo. Nos escribíamos. Todas sus cartas empezaban igual: «Las cosas me van normal...».

Y seguía un sinfín de peticiones, aunque contenidas y sensatas: «Dos pares de calcetines de lana... Un manual de inglés... Calzones largos... Libretas... Un manual de alemán... Ajos... Limones... Plumas... Un manual de francés... Y también un manual de guitarra...».

Las noticias que llegaban del campo eran del todo optimistas. El educador jefe Bukin le escribía a mi tía:

«Borís Dovlátov sigue firmemente todas las instrucciones del régimen del campo... Goza de autoridad entre los reclusos... Supera de modo sistemático las tareas laborales... Toma parte activa en las actividades artísticas de los círculos de aficionados...».

Borís escribía que lo habían nombrado responsable de barracón. Luego, jefe de brigada. Luego, presidente del consejo de jefes de brigada. Y finalmente, encargado de los baños.

Una carrera fulminante. Algo muy difícil de conseguir en un campo. Un esfuerzo similar en libertad conduce directamente a las sinecuras de las cimas burocráticas. A las tiendas especiales, las «dachas» y los viajes al extranjero...

Mi primo avanzaba como un rayo por el buen camino. Era el faro del campo de trabajo. Todos lo envidiaban y se maravillaban de sus éxitos.

Al año le dieron la «química». Es decir, la condicional. Pero con la obligación de emplearse en la fábrica química del lugar.

Allí se casó. Vino a verlo Liza, una entregada compañera de curso. La muchacha se portó como una esposa de dekabrista^[19]. Y ambos se convirtieron en marido y mujer...

A mí, entretanto, me echaron de la universidad. Luego me llamaron a filas. Me

cayó en suerte hacer la mili en las tropas de los campos. Y me convertí en guardián de un campo de trabajo.

Así pues, mientras yo servía de guardián, Boria era preso.

Las cosas fueron de tal modo que hasta custodié a mi primo. Aunque por poco tiempo, la verdad. No quiero hablar de esto. Si no, todo parecerá demasiado literario. Como en *Los relatos del Don* de Shólojov.

Basta con decir que fui guardián. Y mi primo, preso.

Regresamos a casa casi al mismo tiempo. A mi primo lo liberaron, a mí me desmovilizaron.

Los parientes organizaron un banquete descomunal en el «Metropol». Se celebraba sobre todo el regreso de mi primo. Aunque también para mí hubo buenas palabras.

El tío Román se expresó del siguiente modo:

—Hay gente que se parece a los reptiles. Viven en los pantanos. Hay personas, en cambio, que nos recuerdan a las águilas de las montañas. Y vuelan por encima del sol, bien abiertas las alas. ¡Bebamos, pues, por nuestro Boria, por nuestra águila de las montañas! ¡Bebamos por que las nubes queden atrás!...

—¡Bravo! —gritaron los parientes—. Bien dicho, águila, pico de oro...

Yo capté en el discurso del tío ciertas notas sacadas de la *Canción del halcón* de Gorki^[20].

Román bajó algo la voz y añadió:

—¡Brindemos también por Seriozha, nuestro aguilucho! Aún es joven, ciertamente, y sus alas aún no son poderosas... ¡Pero le esperan amplios espacios!...

—¡Dios no lo quiera! —dijo en voz bien alta mi madre.

El tío la miró con expresión de reproche...

Mi tía se puso de nuevo a llamar a la gente. Y a mi primo lo admitieron en Lenfilm. Lo nombraron algo parecido a técnico de luces.

Yo entré a trabajar en un periódico. Y además empecé a escribir relatos...

La carrera de mi primo ascendía a un ritmo imparable. Pronto se convirtió en asistente. Luego, proveedor. Más tarde, proveedor jefe. Y finalmente adjunto al director de films. Es decir, una persona materialmente responsable.

No en vano se enmendó tan fulgurantemente en el campo. Porque ahora, al parecer, no podía detenerse...

Al cabo de un mes su retrato colgaba en el cuadro de honor. Se ganó el afecto de directores, de cámaras y hasta del propio director de Lenfilm, Zvonariov. Más aún, le querían las mujeres de la limpieza...

Ya le prometían su propia película para un futuro no lejano.

Dieciséis viejos comunistas de Lenfilm estaban dispuestos a avalar su ingreso en el Partido. Pero mi primo dudaba...

Se parecía al Levin de *Anna Karénina*. Levin, en vísperas de contraer matrimonio, se sentía abrumado por la virginidad perdida en sus años jóvenes. A

Borís lo atormentaba un problema análogo. Es decir, ¿se puede ser comunista con un pasado criminal?

Los viejos comunistas le aseguraban que sí...

Mi primo destacaba poderosamente frente a mi mustia existencia. Era una persona alegre, dinámica, de pocas palabras. Lo mandaban a viajes de trabajo de gran responsabilidad. Todos le auguraban una brillante carrera administrativa. Era imposible creer que hubiera estado en la cárcel. Muchos de entre los conocidos no muy cercanos creían que quien había estado encerrado era yo...

Y de nuevo pasó algo. Aunque no de golpe, sino de manera paulatina. Se empezaron a producir unos extraños saltos. Como si el imponente sonar de la *Appassionata* se viera interrumpido por el cortante aullido de un saxo.

Mi primo seguía como antes su carrera ascendente. Pronunciaba discursos en las reuniones. Hacía sus viajes de trabajo. Pero paralelamente empezó a beber. Y a ir con mujeres. Por lo demás, con un entusiasmo inesperado.

Empezaron a verlo en compañías de dudosa reputación. Lo rodeaban borrachos, especuladores y unos oscuros veteranos de guerra.

Tras recobrase de la última borrachera, corría a una reunión. Y después de intervenir con éxito en el evento, corría al encuentro de los amigos. Al principio estos itinerarios no se cruzaban. Mi primo hacía carrera y al mismo tiempo la echaba a perder.

Se ausentaba de casa durante tres días. Desaparecía en compañía de extrañas mujeres de la calle.

Entre estas damas abundaban las realmente feas. A una la recuerdo, se llamaba Greta. Y tenía bocio.

A mi primo le dije:

—Podías habértela buscado mejor.

—¡Ignorante! —exclamó indignado mi primo—. Esta mujer, para que te enteres, puede conseguir alcohol en su trabajo. Y además, en cantidades ilimitadas...

Por lo que se veía, mi primo seguía guiándose por la doctrina de su juventud: «¡En las mujeres y los libros lo principal no es la forma sino el contenido!».

Luego Borís le dio una paliza a un camarero en el restaurante «Narva». Quiso obligar al camarero a que le cantara «Sulikó^[21]»...

Empezó a visitar el cuartelillo. Cada vez lo sacaba de allí el buró del Partido de Lenfilm. Pero cada vez con menos empeño.

Todos esperábamos ver cómo acabaría todo eso...

En verano se marchó a Chitá a filmar «Daúria». Y de pronto nos enteramos que Borís había atropellado a una persona. El hombre era además un oficial del ejército soviético. Un accidente mortal...

Fueron unos días terribles, días de suposiciones y conjeturas. Las informaciones llegaban de la manera más dispar. Se afirmaba que Borís conducía completamente borracho. A decir verdad, también contaban que el oficial tampoco estaba sobrio.

Aunque esto no tenía importancia, pues estaba muerto...

Todo esto se le ocultaba a mi tía. Mis tíos reunieron unos cuatrocientos rublos. Yo debía dirigirme a Chitá, enterarme de los detalles y tomar las medidas más convenientes. Ponerme de acuerdo sobre los envíos que se le debían hacer, buscar un abogado...

—Y si es posible, sobornar al instructor de la causa —me recordaba el tío Román.

Me preparé para el viaje. Tarde por la noche sonó el teléfono. Tomé el auricular. De entre el silencio emergió la voz serena de mi primo:

—¿Dormías?

—¡Boria! —grité—. ¡Sigues vivo! ¿No te van a fusilar? ¿Estabas borracho?...

—Estoy vivo —me contestó Borís—, y no me van a fusilar... Y recuérdalo, fue un accidente. Conducía sobrio. Me echarán unos cuatro años, no más. ¿Has recibido los cigarrillos?

—¿Qué cigarrillos?

—Unos japoneses. Por si no lo sabes, Chitá tiene un acuerdo comercial especial con Japón. Y venden aquí unos cigarrillos espléndidos, «High light». Te he mandado un cartón para tu cumpleaños. ¿Los has recibido?

—No. No importa...

—¿Cómo que no importa? Son unos cigarrillos de primera, hechos con licencia norteamericana.

Pero yo lo interrumpí:

—¿Estás bajo escolta?

—No —me contestó—, ¿por qué iba a estarlo? Vivo en un hotel. El instructor viene a verme aquí. Se llama Larisa. Una mujer llenita... Por cierto, te manda saludos...

En el auricular resonó una extraña voz de mujer:

—¡Cu-cú, pollito!

Luego se puso de nuevo mi primo:

—No tienes nada que hacer en Chitá. El juicio, me da la impresión, se celebrará en Leningrado... ¿Mamá lo sabe?

—No —le informé.

—Bien...

—¡Boria! —gritaba yo—. ¿Qué hay que mandarte? ¿Debes de estar en una situación terrible? ¡Has matado a un hombre! ¡Un hombre!

—No grites. Los militares están para morir... Y te lo repito una vez más: fue un accidente... Lo que me preocupa es dónde se habrán metido los cigarrillos...

Pronto regresaron de Chitá dos participantes directos en los hechos. De este modo supimos los detalles del asunto. Resulta que pasó lo siguiente.

Era el aniversario de alguien. El cumpleaños se celebró en el campo. Boria llegó ya de noche, en un coche oficial. Como siempre ocurre, se había acabado el alcohol. Los invitados estaban algo mustios. Las tiendas ya habían cerrado.

Y Borís anunció:

—Voy a por aguardiente. ¿Quién viene?

Ya iba cargado. Algunos intentaron disuadirlo. En consecuencia, se subieron tres al coche. Incluido el chófer, que dormía en el asiento trasero.

A la media hora echaron de la carretera a un motociclista. El hombre murió sin recobrar el conocimiento.

A los del coche les dio un ataque de histeria. A mi primo, por el contrario, se le pasó la borrachera. Actuó con decisión y pulcritud. Es decir, cogió el coche y, a pesar de todo, se fue a por el aguardiente. La operación duró unos quince minutos. Agasajó generosamente con alcohol a todos los ocupantes del coche incluido al chófer, que se había recobrado un poco. El chófer se durmió de nuevo.

Y sólo entonces mi primo llamó a la milicia. Al poco llegó el coche de los agentes del orden. Que se encontraron con un cadáver, una moto hecha pedazos y a cuatro personas borrachas. Por lo demás, mi primo resultó ser el más sobrio.

El teniente Dudko preguntó:

—¿Quién de ustedes es el chófer?

Mi primo señaló hacia al conductor dormido. Los agentes recogieron al chófer y lo metieron en el coche. A los demás los acompañaron a sus casas y anotaron sus direcciones.

Mi primo desapareció durante tres días. Hasta que se le evaporó todo el alcohol. Y luego se presentó a la milicia dispuesto a entregarse.

Entretanto el chófer se había recobrado de la borrachera. Lo tenían encerrado en una celda de preventivos. El hombre estaba convencido que había atropellado borracho al oficial.

Y entonces se presentó mi primo y dijo que era él quien conducía el coche.

—¿Entonces por qué ha acusado a Krajmálnikov Yuri Petróvich? —preguntó enojado el oficial.

—Usted me preguntó quién era el conductor y yo se lo dije...

—¿Y dónde se ha metido estos tres días?

—Me asusté. Estaba bajo los efectos de un *shock*...

La mueca hipócrita en la cara de mi primo mostraba la fragilidad de su equilibrio psíquico.

—¡Cualquiera le asusta a éste! —comentó incrédulo el teniente.

Y acto seguido preguntó:

—¿Estaba usted bebido?

—Ni gota —respondió mi primo.

—Lo dudo...

Pero ya no había manera de demostrar nada. Los acompañantes en aquella excursión juraron que Boria no bebía. Al chófer sólo le cayó una amonestación en el trabajo.

Mi primo se portó de modo inteligente. Ahora no lo podían juzgar como a un

conductor borracho. Sino como el responsable de un accidente.

La instructora de la causa, Larisa, le decía:

—Hasta en la cama mientes...

A la semana Boria apareció en Leningrado. La tía ya estaba enterada de todo. No lloró. Sino que se puso a llamar a los escritores que tenían alguna relación con la milicia. A los de siempre: Yuri Guerman, Métter, Sapárov.

A resultas de todo ello a mi primo lo dejaron en paz. Lo dejaron libre hasta el día del juicio. Sólo le hicieron firmar la notificación de que no debía abandonar su lugar habitual de residencia.

Mi primo vino a verme pocos días después de regresar. Me preguntó:

—¿Verdad que has servido por los alrededores de Leningrado? ¿Conoces la situación de los campos de por aquí?

—Pues sí. He estado en Obújovo, en Gorélovo, en la Piskariovka...

—¿Dónde crees tú que sería mejor que me encerraran?

—En Obújovo; creo que allí el régimen es más llevadero.

—Pues andando, vamos para allá, a ver cómo están las cosas...

Nos dirigimos a Obújovo. Entramos en el cuartel. Hablamos con el soldado de guardia. Nos enteramos de quiénes quedaban de los reenganchados. Al minuto llegaron corriendo al cuartel los sargentos Goderidze y Osipenko.

Nos abrazamos. Les presenté a mi primo. Luego me enteré de quién quedaba de la antigua administración del campo.

—El capitán Deriabin —me respondieron los veteranos.

Me acordaba bien del capitán Deriabin. Era un tipo bastante bonachón, un alcohólico algo loco. Los presos le soplaban los cigarrillos. Cuando yo hacía la mili, Deriabin era teniente.

Llamamos a la zona. Al cabo de un minuto, Deriabin se presentaba en el cuerpo de guardia.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Seriozha, dichosos los ojos! Deja que te mire, a ver qué pareces. He oído que te has hecho escritor. Pues a ver si describes un caso de la vida como éste. En uno de mis puestos se me ha catapultado un chaval. La cosa es que mando yo a uno de mis puestos una brigada de lampistas. Les pongo un centinela. Y me marcho a echar un trago. Vuelvo y veo que me falta un preso. Se me fue volando, el... Los tipos doblaron un pino. Ataron al pájaro con una correa a la copa del árbol. Y lo soltaron. Pero el preso va y se desabrocha en el vuelo y si te he visto no me acuerdo. Se fue volando el muy... casi hasta el cruce... Pero lo malo es que no calculó muy bien. Esperaba aterrizar en la nieve junto al almacén de leña. Pero resulta que dio en el patio de la caja de reclutas. Y fíjate: un detalle puramente literario. Cuando lo agarraron, el muy perro va y le da un mordisco en la nariz a un capitán...

Le presenté a Deriabin a mi primo.

—Lioja —dijo el capitán alargando la mano.

—Bob.

—Y bien —dije yo—, ¿por qué no..., pues eso?...

Decidimos dejar el cuartel y acercarnos al bosquecillo próximo. Invitamos a Goderidze y Osipenko. Sacamos de la cartera cuatro botellas. Y nos sentamos sobre un abeto caído.

—¡Bien, por todo lo bueno! —dijeron los carceleros.

A los cinco minutos mi primo se abrazaba con Deriabin. Y de vez en cuando le hacía preguntas.

—¿Cómo andamos de calefacción? ¿Cuántos perros de guardia hay en cada torre? ¿Se cumplen las normas de vigilancia?

—No te pasará nada —aseguraban los chusqueros.

—Es una buena zona —insistía Goderidze—. Aquí te recuperarás, descansarás y saldrás hecho un toro...

—Y la tienda está muy cerca —añadía Osipenko—, tras el cruce... Ahí tienes vodka, vino, cerveza...

A la media hora, Deriabin decía:

—Muchachos, que os encierren mientras yo siga aquí. Porque cuando a vuestro Lioja Deriabin lo jubilen, estáis arreglados. Vendrán Dios sabe qué tipos con tres cursos, pero sin diploma... Y entonces os acordaréis de Lioja Deriabin...

Boria se apuntó su teléfono particular.

—Dame también el tuyo —le propuso Deriabin.

—No vale la pena —dijo Boria—, dentro de un mes estaré aquí...

En el tren de regreso me decía:

—Pues de momento tampoco pinta tan mal.

Yo estaba a punto de llorar. Se ve que me había hecho efecto el alcohol...

Al poco tiempo se celebró el juicio. Defendía a mi primo el mismo abogado, Kiseliiov. Los presentes lo aplaudían a cada instante.

Lo curioso es que se las arregló para que pareciera que la víctima había sido mi primo y no el difunto oficial.

Al concluir dijo:

—La vida del hombre se parece a un camino agreste con muchas curvas peligrosas. Y una de ellas se tornó en fatal para mi defendido.

A Borís le echaron de nuevo tres años. Pero de régimen severo.

El día del juicio recibí un paquete. Había en él diez cajetillas de cigarrillos japoneses «High Light»...

Mandaron a Boria a Obújovo. Me escribió que el campo era bueno, y los guardias bastante humanos.

El capitán Deriabin resultó ser un hombre de palabra. Nombró a Boria cortador de pan. Un cargo magnífico, envidiable.

Durante este período, la mujer de mi primo tuvo tiempo de parir una niña, Natasha. Un día me llamó para decirme:

—Nos han concedido una visita. Si estás libre, podríamos ir juntos. Me resultará difícil viajar sola con un crío de pecho.

Viajamos los cuatro: mi tía, Liza, Natasha y yo.

Era un caluroso día de agosto. Natasha se pasó todo el viaje llorando. Liza se sentía nerviosa. A mi tía le dolía la cabeza...

Llegamos a la sala de guardia. Luego nos hicieron pasar a la sala de visitas. Además de nosotros había otros seis. Nos separaba de los presos una mampara de vidrio.

Liza cambió el pañal a la niña, Borís no aparecía. Me acerqué al soldado de guardia, un veterano.

—¿Dónde está Dowlátov? —le pregunté.

Y éste me respondió bruscamente:

—A esperar.

Yo le dije:

—Llama al oficial de guardia, di que busquen a mi primo. Y dile a Lioja Deriabin que te lo he dicho yo.

El soldado bajó algo el tono.

—Yo no obedezco a Deriabin. Sino al instructor...

—Venga —le dije—, llama...

Y entonces apareció mi primo. Llevaba el uniforme gris del campo. El pelo, cortado con la maquinilla, le había crecido un poco. Se le veía moreno y como si hubiera dado un estirón. Mi tía le entregó por la ventanilla manzanas, salchichón, chocolate.

Liza le decía a su hija:

—Tata, mira, éste es papá. Mira, papá...

Pero Borís sólo me miraba a mí. Luego dijo:

—Llevas unos pantalones de pena. De un color que parece mierda. ¿Quieres que te presente a un judío? Aquí en la zona tenemos a un judío que cose unos pantalones del copón. Por cierto se apellida Portnov^[22]. Mira qué casualidades...

Yo le grité:

—¿Pero tú sabes lo que dices? ¿Qué importancia tiene todo eso ahora?

—Pues no lo creas —siguió como si nada—, lo hace gratis. Yo te doy el dinero, te compras la tela y él te hará los pantalones... El judío dice: «¡El trasero es la cara del hombre!». Y ahora mírate el tuyo... Todo lleno de arrugas...

Me pareció que para ser un reincidente se daba demasiados humos...

—¿Dinero? —repitió alarmada mi tía—. ¿De dónde? Yo sé que en el campo no se puede tener dinero.

—El dinero es como los microbios —aclaró Borís—, está en todas partes. Cuando construyamos el comunismo, entonces todo será diferente.

—Pero mira a tu hija —exclamó implorante Liza.

—La he visto —dijo Borís—; una niña estupenda.

—¿Cómo está lo de la comida? —le pregunté.

—Regular... La verdad es que no voy al comedor. Mandamos a algún reenganchado a la tienda del pueblo. Aunque a veces no hay nada qué comprar. Después de la una ya no queda ni salchichón ni huevos. Sí, este Nikita^[23] ha hundido la agricultura... Y eso que hubo un tiempo en que dábamos de comer a Europa... Sólo queda una esperanza, el sector privado... El retorno de la NEP...

—Más bajo —dijo la tía.

Borís llamó al veterano de guardia. Le dijo algo a media voz. El hombre empezó a darle excusas. Nos llegaban tan sólo algunos fragmentos de frases.

—Pero si te lo he pedido —decía mi primo.

—Lo sé —decía el soldado—, no te preocupes. Tólik ha de volver en diez minutos.

—Pero si era para las doce treinta.

—No ha sido posible.

—Dima, que me voy a enfadar.

—Boria, tú me conoces. Yo soy de los que cumplen lo prometido... Tolia ha de volver en cinco minutos, no más...

—¡Pero la cosa es que queremos beber ahora!

Yo pregunté:

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata?

Mi primo me respondió:

—Resulta que he mandado a un pájaro a por vodka y si te he visto no me acuerdo. Esto parece una casa de putas y no una unidad militar.

—Te van meter en una celda de castigo —dijo Liza.

—¿Y los de las celdas de castigo no son personas o qué?

La niña se puso de nuevo a llorar. Liza se ofendió. Mi primo le pareció poco atento y ajeno a su presencia. Mi tía tomaba una pastilla tras otra.

El tiempo de visita llegaba a su fin. A uno de los presos se lo llevaron casi a la fuerza. El hombre gritaba intentándose liberar de los guardias:

—¡Nadia, como me la des, te mato, puta! Te encontraré y te rajaré como a un macaco. Te lo garantizo... Y recuerda, mala puta, ¡tu Vova te quiere!

—Tenemos que irnos —dije—; es la hora.

Mi tía dio media vuelta. Liza acunaba a la pequeña.

—¿Y el vodka? —preguntó mi primo.

—Bebéroslo vosotros —le dije.

—Pero es que yo quería beberlo contigo.

—Déjalo, ¿cómo quieres beber aquí?

—Tú mismo... Pero a este soldadito lo voy a poner bueno. Para mí, en un hombre, la responsabilidad es lo primero...

De pronto, apareció Tolia con una botella. Se veía que tenía prisa.

—Toma: rublo, treinta de vuelta.

—Hacerlo sin que yo lo vea —dijo el soldado de guardia mientras le entregaba a Boria una jarra esmaltada.

Mi primo la llenó corriendo. Y cada uno dio un trago. Incluidos los presos, sus parientes, los vigilantes y los soldados. Y hasta el soldado de guardia...

Un preso sin afeitar y tatuado, al levantar la jarra, dijo:

—Por nuestra magnífica patria. Personalmente, por el camarada Stalin. Por la victoria contra la Alemania Fascista. De todas las armas en uso: ¡fuego!...

—Viva la cuadrilla reaccionaria de Imre Nady —lo secundó otro preso...

El soldado de guardia tocó a Boria en el hombro:

—Bob, perdona, pero es la hora...

Nos despedimos. Estreché la mano de Boria por la ventanilla. Mi tía miraba en silencio a su hijo. Liza de pronto echó a llorar y despertó a la dormida Natasha, que se puso a chillar.

Salimos y nos pusimos a cazar un taxi.

Pasó casi un año. Borís escribía que todo iba bien. Trabajaba de cortador de pan, y cuando jubilaron a Deriabin se hizo mecánico electricista.

Luego un cargo de las Tropas de interior dio con mi primo. Habían decidido realizar un film documental sobre los campos. Una película que demostrara que los campos soviéticos son los más humanos del mundo. El film se destinaba al consumo interno. Y se titulaba lacónicamente: «Métodos de vigilancia en las colonias correccionales de trabajo de régimen severo».

Mi primo recorrió los campos más lejanos. Pusieron a su servicio un coche oficial. Le entregaron los aparatos correspondientes. Siempre lo acompañaban dos escoltas: Goderidze y Osipenko.

Conseguía pasar a menudo por casa. Estuvo varias veces en la mía.

Para el verano la película ya estaba lista. Mi primo realizaba simultáneamente las funciones de cámara, director y presentador.

En junio se realizó el pase. La sala estaba llena de generales y coroneles. En la discusión de la película el general Shurépov dijo:

—Un buen film, muy útil. Se mira como *Las mil y una noches*...

Boria fue objeto de alabanzas. Para septiembre lo tenían que poner en libertad.

Fue entonces cuando logré por fin captar el rasgo principal del carácter mi primo. Era un existencialista en bruto, sin consciencia alguna de serlo. Un hombre que sólo podía actuar en las situaciones límite. Si se trataba de hacer carrera en la vida, él sólo podía hacerla en la cárcel. Y si había que luchar por algo, sólo al borde del abismo...

Al fin lo liberaron.

En adelante no tengo más remedio que repetirme. Mi tía llamó a Yuri Guerman. Boria consiguió trabajo de peón en un estudio de films documentales. Al cabo de dos meses ya era operador de sonido. Y al cabo de medio año, jefe del departamento de provisiones.

Aproximadamente por esta misma época a mí me echaron definitivamente del

trabajo. Yo escribía relatos y vivía de la pensión de mi madre...

Cuando mi tía enfermó y murió, entre sus papeles apareció el retrato de un hombre encantador de ojos grises. Era Aleksandr Ivánovich Ugárov, el segundo de Kírov. Se parecía a mi primo. Aunque se le veía mucho más joven.

Boria ya sabía de antes quién era su padre. Pero ahora se habló del tema sin tapujos.

Mi primo habría podido buscar a sus familiares. Pero no quiso. Un día dijo:

—Te tengo a ti y a nadie más...

Luego se quedó pensativo y añadió:

—¡Es bien extraño! Yo soy medio ruso. Tú, medio judío. Y a los dos nos gusta el vodka con cerveza...

En el 79 yo decidí emigrar. Borís dijo que él no se iba.

De nuevo se puso a beber y a pelearse en los restaurantes. De nuevo su puesto de trabajo peligraba.

Creo que Boria sólo podía vivir entre rejas. Libre se desmadraba y hasta se ponía enfermo.

Por última vez le propuse:

—Vámonos.

Boria reaccionó mustio y triste:

—Todo esto no es para mí. ¿No ves que hay que ir por todas esas instancias? Convencer a todo el mundo de que eres judío... Me resulta incómodo... Si fuera como después de una borrachera: ¡hop! Y aparecer en las colinas del Capitolio...

En el aeropuerto mi primo se echó a llorar. Al parecer, se hacía viejo. Además, siempre resulta más fácil partir que quedarse...

Es el cuarto año que vivo en Nueva York. El cuarto año que mando paquetes a Leningrado. Y de pronto me llegó uno de allí.

Lo abrí en correos. Había en él una camiseta azul de punto con el emblema de los juegos olímpicos. Y además un pesado sacacorchos metálico de un modelo perfeccionado.

Me quedé pensando: ¿qué es lo más valioso que he poseído en mi vida? Y comprendí: cuatro trozos de azúcar, unos cigarrillos japoneses de la marca «High light», una camiseta azul y este sacacorchos...

CAPÍTULO X

CADA VEZ se parece más a una persona. (Cosa que no se puede decir de algunos amigos). Ahora, cuando se encuentra a mi lado, me da vergüenza desnudarme.

Mi amigo Sevostiánov dice:

—Es el único miembro normal de la familia...

La traje a casa en la palma de la mano. De eso hará doce años. Un cachorro foxterrier de un mes con el nombre de Glasha. Por sus colores se parece a un leño de abedul. La nariz, un diminuto guante de boxeo...

En una palabra, Glasha es irresistible.

Aproximadamente hasta el año parecía un perro normal, del montón. Roía nuestro calzado. Era una pedigüena.

No prestamos mucho cuidado a su educación. Le dábamos de comer cualquier cosa. La sacábamos a pasear por la mañana y por la noche unos diez minutos.

Y nada de «dame la patita».

En cambio charlábamos largos ratos con ella. Tanto yo como mi madre o mi mujer. Y luego mi hija, cuando aprendió a hablar...

Glasha tenía casi trece meses cuando apareció un tal Bobrov.

Estudiamos juntos en la facultad de filología. Luego a mí me echaron; Liosha en cambio terminó felizmente la universidad.

Era un joven completamente sano y hasta sinvergüenza. Corría tras las faldas, armaba escándalos, bebía.

Luego se casó. A la mujer le puso un nombre inglés: Filly («potranca»).

Trabajó un año en el «Inturist».

Por entonces le invadió el más negro pesimismo. Y Bobrov se empleó de cazador en la región de Podporozhie. Se quedó a vivir en el bosque, como Henry David Thoreau. Cazaba, salaba setas, se construyó, y lo explotaba a conciencia, un alambique de alcohol.

De vez en cuando aparecía por Leningrado. Un día de pronto se presentó en casa. Vio al perro y dijo:

—Si es un perro ratonero. Mira que hacer de él un chucho faldero... Deja que me la lleve al bosque. Y dentro de unos dos meses te la devuelvo.

Pensamos: ¿y por qué no? Los perros deben desarrollar sus instintos animales...

Pasaron dos meses, tres, cuatro... Bobrov no aparecía. Le escribí una carta a su coto forestal. No hubo respuesta.

Mi madre no paraba de decir:

—Echo en falta a Glasha.

Mi hija se puso a llorar en varias ocasiones.

Al final mi mujer me dijo:

—Ve y tráete a Glasha.

Nuestro amigo Valeri Grubin se vino conmigo.

Hacia las siete estábamos en Podporozhie. Hasta el coto de caza Róvskoye había trece kilómetros. Sin transporte alguno. Y nada de carretera, sino el helado río Svir.

¿Qué hacer?

Un borracho nos aconsejó:

—Alquilad un trineo por un billete.

Así lo hicimos. Dos chavales se prestaron a llevarnos. Marchamos todo el camino en silencio. La yegua avanzaba lentamente y con cuidado por el hielo. Los intentos de entablar conversación con los críos no tuvieron éxito.

Grubin le preguntó a uno:

—¿Tus papás trabajan en el *koljós*?

El chaval se quedó largo rato callado. Y luego dijo en tono profundo y nebuloso:

—¡Uf. Vaya par; carajo, agua abajo!...

Si el trineo daba un salto en la nieve, el segundo chaval farfullaba con voz sorda:

—La jodimos, Valentina...

Finalmente el animal se detuvo.

—Aquí arriba estará Róvskoye...

Les pagamos y comenzamos la ascensión del monte. De la oscuridad nos llegó una voz:

—¿A quién se lo estoy diciendo, mala puta?

Reinaba la oscuridad más completa. Ni una luz a nuestro alrededor; ni un sonido. Avanzamos a ciegas siguiendo el curso del río.

De pronto Grubin desapareció. Lo llamé a gritos:

—¿Dónde te has metido?

En respuesta me llegó una voz de ultratumba:

—Aquí... Me he caído a un pozo...

Me dirigí hacia la voz. Encontré un hueco negro cuadrado. Me tumbé en la nieve y miré con cuidado hacia abajo.

En la profundidad del agujero resplandeció una luz. Grubin había encendido un cigarrillo.

—Está todo mojado —se quejó.

Me aparté del agujero. Elegí un arbolillo de tres metros. Y lo castigué cerca de una hora. Al fin con ayuda de un hacha hice de él una pértiga. Saqué a mi compañero

del agujero.

Grubin me lo agradeció y dijo:

—Me he dejado abajo las cerillas...

No llegamos a Róvskoye hasta el amanecer. Resultó que los chicos nos habían dejado a cuatro kilómetros de nuestro destino...

¡Oh, benditos muchachos del campo cantados por Nekrásov! ¡Cómo habéis cambiado! ¡Desde hoy y por los siglos de siglos os recordaré, niños koljosianos!

Liosha Bobrov se hallaba en el umbral de su casa y sonreía con aire tímido. Glasha se lanzó entre aullidos hacia mí, llevaba el pelo revuelto, estaba más delgada.

—¿Os habéis helado? —preguntó Bobrov—. ¿Un trago?...

Por mucho que se enfurezca el hombre ruso, proponle un trago y adiós enfado...

Sentados a la mesa Liosha nos contó:

—He estado en Leningrado dos veces. Quise devolverte el chucho, pero no pude. Me he hecho a ella...

Nos enteramos que Glasha había realizado varias hazañas. En primer lugar, salvó a un cachorro que se estaba ahogando. Lo sacó de un charco. Además fue la primera en dar con el rastro de un oso vagabundo. Y por último había estrangulado a una zorra.

Me resultaba algo desagradable pensar que Glasha hubiera dado muerte a un ser vivo. Pero ¿qué le vamos a hacer? El instinto...

Me acordé entonces de una vieja historia. Estábamos comiendo con un amigo en el restaurante «Báltica». Pegamos la hebra con una camarera. La invitamos a beber coñac. Todo eso como amigos, sin ningún interés egoísta. En cambio, la chica se portó con nosotros de una forma bastante horrible. Me sisó seis rublos.

Sinceramente, me sentí algo perplejo. No era el dinero lo que me dolía, me dio lástima la chica.

Mi compañero en cambio dijo:

—¿De qué te sorprendes? El rruiseñor no canta porque esté contento. Simplemente no puede hacer otra cosa... El rruiseñor canta, la camarera roba... Porque no puede no hacerlo. Es así de natural, el instinto...

—Véndeme la perra —me propuso Bobrov.

—¡Debería darte vergüenza!

—Bueno, pues regálamela. Aquí estará mejor.

—Ella puede. Pero ¿y nosotros?...

Tomamos unos tragos más y nos fuimos a dormir.

Nos despertamos para la comida. Vimos en el comedor a cuatro desconocidos.

Liosha me llamó en un aparte:

—Estos chavales son del KGB. Mañana saldrán a la caza del alce.

—¿Por qué un alce? —le dije—. ¿No les basta con la gente?

—No son malos tipos —me susurraba Bobrov—; cuando salen del trabajo son otros.

—¿En qué sentido?

Los muchachos del KGB tenían un aire imponente. Había en ellos algo en común, parecían salidos de la misma horma. Unas caras lisas, hechas en serie, peinados con raya, ropas de lana. Uno se sentó a mi lado. Y se dirigió a mí con voz entrecortada pero clara:

—¿Es suyo el perro?... Bien. ¿Cómo se llama? ¿Glafora? ¿Es una broma? Me gustan las bromas... ¿Cuándo le vino la última regla? ¿No lo sabe? ¿Y quién lo ha de saber? ¿Le supuran los oídos? ¿No?... Perfecto.

—A comer —nos llamó Bobrov.

Comimos sin prisas. Los muchachos del KGB sacaron vodka. La conversación empezó a tomar un carácter incierto.

—¿La libertad? —decía uno—. ¡Al ruso dale libertad y lo primero que hace es cortar el cuello a su suegra!...

Y pregunté:

—¿Por qué habéis encerrado a Misha Jeifets? A otros los publican fuera y no pasa nada. En cambio Jeifets ni siquiera ha publicado su trabajo...

—Mal hecho —intervino otro—. Entonces no lo habrían encerrado. En cambio ahora, ¿a quién le importa tu Jeifets?...

—Sájarov piensa como un pobre crío —decía un tercero—, sus ideas son estériles. Todo parece expuesto como Dios manda, con un único «pero». Lo que recomienda Sájarov sólo es posible con una única condición. Que se arreste el Politburó del Comité Central...

—Eso es fácil —comentó Valeri Grubin.

—Tenemos que irnos —dijo—. Gracias.

Recogimos nuestras cosas. Bobrov se despidió de Glasha. Su mujer Filly (me he olvidado de su nombre) incluso dejó caer unas lágrimas en silencio.

Salimos al camino. Los muchachos del KGB se agolpaban en la puerta.

—Vengan a vernos —dijo uno—; tenemos un museo único. No para el público, claro. Pero les arreglaré la entrada. El teléfono lo tienen.

—Ustedes también vengan cuando quieran —les contesté, cortés.

—No olviden la orden de arresto —añadió Grubin.

El chekista se quedó mirando con atención a mi amigo y dijo:

—La orden no es problema...

Nos despedimos y echamos a andar siguiendo el curso del río. Glasha corría a nuestro lado sin mirar atrás.

—Me pica la curiosidad —dije—, ¿qué guardarán en su museo?

—Sabrá Dios —contestó Grubin—. A lo mejor, las uñas de Bujarin...

Al cabo de dos años me trasladé a Tallin. Glasha se vino conmigo. Pronto realizó otra hazaña.

Me mandaron de viaje a las islas. Dejé por pocos días la perra con unos amigos. Estos vivían en un piso con calefacción de leña. Un día encendieron la estufa. Y

cerraron el tiro antes de hora. Toda la familia se durmió.

El piso empezó a oler a tufo. Todos dormían.

Pero Glasha se despertó y actuó del modo más sensato. Se acercó a la cama de los dueños y agarró la manta. El dueño le tiró una zapatilla y arregló la manta. Glasha tiró de nuevo de la manta y se puso a ladrar.

Por fin los humanos comprendieron lo que pasaba. Abrieron la puerta y salieron corriendo a la calle. El dueño cayó redondo en la nieve. Glasha se pasó largo rato con náuseas y vómitos.

Al día siguiente le trajeron un buen pedazo de carne del comedor del Comité Central. Se trata de un caso único. Tal vez fuera la primera vez que los privilegios de Partido tuvieran un destinatario digno...

En Tallin empecé a preocuparme por la vida marital de Glasha. Llamé a un conocido kinólogo. Éste me dio varias direcciones y teléfonos.

La genealogía aristocrática de mi perra obligaba a cierto espíritu selectivo. Elegí un macho llamado Rezó. Aquel nombre georgiano prometía una gran fuerza física y una pasión desmedida. Además, la propietaria de Rezó resultó ser una periodista de un diario estonio vecino, la encantadora Ania Payú.

El acto amoroso debía celebrarse en un descampado junto al hipódromo.

Rezó tenía una estampa espléndida. Era un machito de carnes duras, pelo rojizo y ojos descarados. El animal se estremecía nervioso y gemía ligeramente.

Ania vino con un abrigo de piel corto y botas laqueadas. Se quedó mirando a mi perra y exclamó:

—¡Qué maravilla!

Y añadió:

—Aunque está delgaducha...

Parecía dudar de si valía la pena el esfuerzo con una novia como aquella.

—Las delgadas están de moda —repliqué.

Ania meneó en señal de disconformidad sus redondas caderas.

Nos mostramos los documentos. La genealogía de Glasha era, lo repito, mucho más impresionante que la de mi amigo Volodia Trubetskói. Los documentos de Rezó también estaban en regla.

—Pues bueno —dijo con un suspiro Ania y desató la correa.

Yo también deje libre a Glafira.

Era un soleado día de invierno. Sobre la nieve se reflejaban sombras rosadas. Rezó al verse en libertad enloqueció un poco. Dio tres grandes vueltas entre ladridos. Glasha lo observaba con mustio interés.

Después de correr un rato, Rezó se arrojó sobre la nieve. Al parecer quería enfriar algo su entusiasmo. O tal vez se proponía mostrar cuántos esfuerzos le costaba evitar cometer una locura.

Luego se sacudió y se acercó a nosotros. Glasha se puso atenta y levantó la cola.

El machito, midiéndola con ojos feroces, dio varias vueltas a su alrededor. Parecía

crecer de tamaño. No paraba de farfullar algo aleccionador. Se me antojó oír:

—¡«Vai», vaya zagala! ¡Esbelta como un junco! Joven, como el alba... Vamos a un *restaurán*. Comeremos unos pinchitos. Tomaremos unos vinos...

La cola de Glasha temblaba atrayente. Dio un paso hacia Rezó y lo empujó con el lomo.

Y se produjo algo inesperado. Después de lanzar un ladrido chillón, el machito salió corriendo. Y luego se pegó a las botas laqueadas de su dueña.

Glasha se dio la vuelta con gesto de desprecio.

Rezó temblaba y gemía.

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué es eso? —trataba de calmarlo Ania—. ¡Va, sé un hombre!

Pero Rezó sólo temblaba y gemía.

Este chuleta descarado era un impotente temperamental. Un tipo, por cierto, bastante extendido entre los caucasianos maduros.

Ania se sentía incómoda por su criatura. Incluso, en cierto modo, quiso compensarme por el fracaso. Al despedirse me dijo en voz baja:

—Kaliu vuela a Minsk, a un seminario. Te llamaré al final de la semana.

Ania, en efecto llamó, pero la grosera Tatiana la cubrió de improperios...

Cuando se propusieron echarme de la redacción, Ania se prestó a escribir un artículo para el periódico estonio. Hasta pensó un título: «Visto con gafas oscuras». En el sentido de que yo era un difamador que todo lo presentaba de color negro.

Un conocido instructor del Comité Central logró detener, no sin grandes esfuerzos, el caso.

Pero regresemos a mi perro. He intentado casarla unas tres veces. Y los tres intentos fracasaron.

El segundo novio era de una delgadez plebeya. Recordaba a un maestro de gimnasia llegado de provincias. Se parecía mucho a Arkadi Lvov.

El perro optó por no perder el tiempo. Dejarse de juegos amorosos, y practicar, como se dice, el aquí te pillo aquí te mato.

Glasha le dio un doloroso mordisco.

Y el cretino aún ofreció resistencia. De modo que se fue sin nada. Y se fue contento, el memo sin complejos.

¿Por qué lo rechazó Glasha?...

Al parecer una gota de romanticismo siempre hace falta...

El tercer novio no paraba de rascarse. Además tenía floja la vejiga. Y hasta la piel sucia, con manchas casposas. En cambio, el árbol genealógico, lo vi yo mismo, era perfecto. De modo que sería un tarado de la familia. Como Volodia Trubetskói.

Glasha simplemente lo ignoró.

De modo que se quedó virgen. Y luego ya fue demasiado tarde. Un conocido kinólogo me dijo:

—¿Y si de pronto se presenta un mal parto?... Podemos arriesgar nuestra propia

vida. Pero una persona decente no puede jugar con la ajena...

Ahora Glafira tiene doce años.

Hace doce años que nos conocemos.

Doce años que nuestra familia ha sufrido todo género de peleas y toda suerte de cataclismos.

Nos hemos peleado y separado un sinfín de veces. La familia, como se dice, se desmoronaba. Y hasta surgían otras familias, colaterales. Sólo Glasha seguía invariablemente cercana y querida. Y nos quería a todos por igual.

Glasha duerme a menudo a mis pies. A veces gime con voz queda. Puede que sueñe con su patria. Por ejemplo, con las conservas de sardinas en tomate. O con el jardincillo del callejón Scherbakov...

No te preocupes, todo irá bien.

Y perdóname por no tener cola. (En la Unión Soviética la tuve y más de una.)^[24]
Perdóname por llevar zapatos, por los cigarrillos y los relatos de Faulkner.

En lo demás nos parecemos. Los dos ya no somos jóvenes, nos mostramos irritables, somos extranjeros y con complejos... Y juntos robamos el salchichón de la nevera...

CAPÍTULO XI

—NUESTRO MUNDO es absurdo —le digo a mi mujer—. ¡Y el enemigo del hombre vive con él!

Aunque lo diga en broma, mi mujer se enfada.

Y en respuesta oigo:

—¡Tus enemigos son el oportuno barato y las rubias teñidas!

—Lo que significa —le contesto— que soy un buen cristiano. Cristo nos enseña a amar a nuestros enemigos...

Estas conversaciones duran desde hace veinte años. Veinte años, casi...

Llegué a Norteamérica con la idea de divorciarme. Mi único motivo era el grado extremo de impasibilidad de mi mujer. Su calma no tenía límite.

Es asombroso cómo en un ser humano pueden convivir la serenidad con la antipatía.

Nos conocimos en el 63. La cosa fue así.

Yo tenía una habitación con puerta independiente. Las ventanas daban al basurero. Casi cada noche en mi cuarto se reunían los amigos.

Una vez me desperté en mitad de la noche. Vi los platos sucios sobre la mesa y un sillón caído. Pensé con angustia en el día anterior. Recordé que salimos tres veces a por vodka. Alguien formuló la idea del siguiente modo:

«¡Vamos al Eliséyevski! Hasta la tienda habrá unos trescientos metros, y de vuelta, más o menos otros tantos...».

En mi habitación revuelta, me puse a pensar en el desayuno.

Y de pronto noté que no estaba solo. Alguien dormía en el diván, entre la nevera y la radio. Se oía un rumor y suspiros. Pregunté:

—¿Quién es usted?

—Digamos que Lena —me respondió una voz de mujer sorprendentemente serena.

Reflexioné. El nombre Lena no es tan frecuente que digamos. Entre mis conocidas abundaban las Tamaras y las Larisas. Le pregunté:

—¿Cuál es su estatus, Lena? O, dicho sencillamente, ¿cuál es su estado civil?

Se produjo una pausa. Luego la voz femenina pronunció con calma:

—Gurévich se olvidó de mí...

Gurévich era un conocido mío del mercado de libros. Dos años más tarde lo encerraron.

—¿Cómo que se la olvidó?

—Agarró una tajada y se largó en un taxi...

Empecé a recordar algo.

—¿Llevaba usted un traje marrón?

—Más o menos. Era verde. Me lo ha roto Gurévich. Me he puesto una chaqueta...

—Es mi guerrera del ejército. Una reliquia, digamos. Cuando se vaya, no se la lleve.

—Tiene aquí una medalla...

—Es una insignia deportiva —le aclaré.

—Pues pincha... No me ha dejado dormir...

—Puedo comprender a la pobre insignia...

Por fin recordé quién era. Una mujer delgada, pálida, de ojos mongoles...

Entretanto amaneció.

—Dese la vuelta —me pidió Lena.

Me cubrí la cara con un periódico. Y al instante cambió la acústica. La dama se dirigió a la puerta. A juzgar por el ruido, en mis zapatillas de pana.

Yo emergí de debajo de la manta. El día se iniciaba de manera extraña y misteriosa.

Le siguió un confuso ajeteo en el recibidor. La toalla en torno a mis nada estrechas caderas. Ella con la guerrera militar que no le llegaba a las rodillas...

No sin dificultad, logramos seguir cada cual nuestro camino. Me dirigí a la ducha. Sólo después de ducharme, mi vida alcanza una relativa transparencia.

Regresé al cabo de tres minutos: el café en la mesa, galletas, mermelada. Y no sé cómo (ni por qué), pescado en su jugo...

Para entonces Lena se había vestido. Junto al cuello del traje, un desgarrón —la huella del desatado ardor de Gurévich—; el siete de estilo dórico le quedaba bien.

—Pues sí —digo—, es verde...

Desayunamos charlando de cualquier cosa. Todo transcurría del modo más tierno, fluido y hasta agradable. Aunque con un leve toque de locura...

Lena recogió la mesa, se puso los zapatos y dijo:

—Me voy.

—Gracias por la agradable mañana.

Y, de pronto, oigo:

—Llegaré hacia las seis.

—Bien... —digo.

Recuerdo ahora la siguiente historia. Un día volvíamos con un amigo de los baños. Y nos detiene un miliciano. Nos ponemos en guardia y le preguntamos:

—¿Qué pasa?

Y él nos dice:

—¿No me podrían decir cuándo se publicó el *Rosario* de Anna Ajmátova?

—En el año mil novecientos catorce. Editorial Hiperbóreo, San Petersburgo.

—Gracias. Pueden irse.

—¿A dónde?

—Adonde quieran. Están libres.

Hasta hoy recuerdo con sorpresa aquella escena mezcla de cotidianidad y de locura. Ahora tenía la misma sensación.

—Llegaré —me dijo— hacia las seis.

Yo tenía una cita a las cinco treinta. Y aquella vez ni siquiera con una mujer, sino con Brodsky. Y luego, un banquete, en honor de no sé qué doctorado.

Llamo, cancelo mi cita. Ignoro el banquete. Corro en taxi a casa. Hay que hacer otro juego de llaves, me digo.

Espero en casa. Ella llega cerca de las seis. Abre una bolsa de la compra, saca unas conservas, huevos, pescado.

—De momento, haga sus cosas. Yo lo preparo todo.

Y de pronto me viene a la cabeza una conjetura pasmosa. ¿Y si me confunde con alguien? ¿Con alguna persona cercana y querida? ¿Es posible que la locura del mundo haya llegado tan lejos?

Cenamos. Me puse a trabajar. Lena lavó la vajilla. Encendió el televisor.

El televisor hacía dos años que no funcionaba. Se encendió como recién estrenado...

Empecé a notar algunos cambios. Sobre el lavabo aparecieron unos botes extranjeros. En mi armario asomó colgado un traje de gamuza. Junto a la nevera se instalaron unas botas de color *beige* y de caña corta. Hasta cambió el olor de la casa...

Llegó la noche. Lena dijo:

—¿Té o café?

—Té.

Tomamos té con melindros. No había comido melindros desde hacía unos treinta años...

Miré el reloj: la una de la noche. Hora de irse a dormir, al parecer. Lena dijo:

—Quédese en la cocina.

Me quedé allí sentado, fumando. Me leí todo el periódico de la semana anterior. Por fin entré en el cuarto: estaba dormida. En el mismo diván. Aunque ahora, en lugar de la guerrera, llevaba puesto algo rosa.

Me acosté, escuché atentamente: ni un sonido. Si al menos se moviera en sueños...

Esperé unos diez minutos y me dormí.

Por la mañana, todo volvió a repetirse. Una ligera sensación embarazosa, la

ducha, un café con leche.

—Hoy —me dijo— llegaré tarde. Estaré aquí después de las once. De manera que no se preocupe...

Me marché a la redacción. De allí, al bar de la Unión de Periodistas. Conocí a una sueca que me invitaba a su hotel. No paraba de repetir:

—¡Cosaco mío, échame un vodka ruso!...

Los amigos se disponían a ir a un concierto clandestino. A escuchar a un vanguardista. Un vanguardista, por lo demás, bastante infrecuente, si se puede decir así. Tocaba el violonchelo acostado... En una palabra, me asediaba un montón de tentaciones. Yo, en cambio, regreso a casa a toda prisa. Llegaba tarde a mi casa de locos.

Por la noche no pude más y le dije:

—Lena, debemos hablar. Me parece que tenemos que aclarar algunas cosas. Está ocurriendo algo extraño. He de hacerle unas cuantas preguntas delicadas. ¿Me permite que se las haga sin ambages?

—Le escucho —me dijo.

El rostro, sereno. Como un frontón.

Le pregunté:

—Dígame. ¿No tiene usted dónde vivir?

La dama se ofendió un poco. O mejor dicho, mostró una leve sorpresa:

—¿Cómo que no? Tengo un piso en Dáchnoye. ¿Por qué?

—Por nada... De hecho... Me ha parecido que... No sé, he creído... Entonces, otra cosa... Entiéndame bien, como un amigo... Le pido mil excusas... ¿Puede que yo le guste?...

Hicimos una pausa. Noté mi enrojecimiento. Por fin dijo:

—En lo que a usted se refiere, no tengo nada que objetar.

Con esas mismas palabras. Literalmente, «nada que objetar».

Llegó una nueva pausa, aún más densa. En mi caso. La muchacha rebosaba paz. La mirada era fría y dura, como la esquina de una maleta.

Me quedé pensativo. ¿Puede que su calma esté por encima de las diferencias sexuales? ¿Más allá de la predisposición biológica hacia los hombres? ¿Y de la idea misma de la cohabitación permanente?...

—Y una última pregunta. Pero no se enfade. Y si me equivoco, olvídense de lo que he dicho. En una palabra, se me ocurre pensar. ¿No será usted, por casualidad, una funcionaria del Comité para la Seguridad del Estado?...^[25]

Cualquiera sabe. Quiérase o no, soy una persona conocida y de natural incontinente. Bebo bastante. Hablo siempre de más. En la «Onda alemana» habían hablado de mí... ¿No me habrían asignado, como a un disidente en ciernes, a esa fantástica criatura?...

Ahora sí que se va a poner a chillar, me dije. Y más si llevaba razón...

La escuché decir:

—No, trabajo en una peluquería...

Y luego:

—Si no hay más preguntas, vamos a tomar el té.

Así empezó todo. Durante el día yo corría de un lado a otro en busca de algún trabajo. Regresaba a casa de mal humor, humillado y furioso. Lena me preguntaba:

—¿Té o café?

Casi no hablábamos. Sólo intercambiábamos breves informes de carácter profesional. Por ejemplo, me informaba:

—Le ha llamado un tal Beskin.

O:

—¿Dónde tiene el jabón en polvo?

Mis asuntos no le interesaban. Yo tampoco le hacía preguntas. La locura iba adquiriendo unas formas cotidianas, habituales y rutinarias.

Mi régimen de vida cambió algo. Mis admiradoras me llamaban menos. Por lo demás, ¿a qué llamar, si al otro lado te sale una plácida voz femenina?

Seguíamos siendo el uno para el otro dos personas completamente desconocidas.

Lena siguió siendo para mí un ser increíblemente callado y tranquilo. No se trataba del espeso silencio de un altavoz estropeado. Tampoco era la temible quietud de una mina anticarro. Era la silenciosa imperturbabilidad de una raíz que asiste inefable al rumor de las hojas colgadas del árbol.

Pasó una semana. En la mañana del sábado no pude más. Y dije... No, grité:

—¡Lena! ¡Debe escucharme! Permítame ser del todo sincero. Llevamos una vida de pareja... Pero, sin el elemento básico de una vida marital... Compartimos esta casa... Usted lava la ropa... Explíqueme, ¿qué significa todo esto? Estoy a punto de perder la razón...

Lena alzó hacia mi persona su plácida y cálida mirada:

—¿Le molesto? ¿Quiere usted que me vaya?

—¡No sé lo que quiero! ¡Quiero comprender! El amor, eso lo tengo claro. Un revolcón, también eso lo entiendo. Yo lo comprendo todo. Todo menos esta locura normalizada... De ser usted un agente del KGB, todo sería al menos normal... Hasta me alegraría saberlo. Habría alguna lógica en ello... Pero así...

Tras un silencio, Lena dijo:

—Si he de irme, dígamelo.

Y acto seguido, tras entornar ligeramente sus ojos mongoles, añadió:

—Y si necesita ESO, por favor...

—¿Qué quiere decir ESO?

Sus pestañas cayeron aún más. La voz sonaba aún más calmada. Y oí:

—En el sentido del contacto íntimo.

—¿Pero, qué dice? —le digo—. ¿Para qué?

¿Acaso osaría yo, pienso, ser tan patán como para turbar su paz de espíritu?

Pasaron dos semanas más. Me salvó el vodka. Estuve de jarana en una redacción

de gente progre. Llegué a casa hacia la una de la noche. Y —¿cómo decirlo mejor?— me perdí. Ocurrió. Seguí el mal camino del futuro recluso Gurévich...

La piedra que arrojé se sumergió en el fondo del océano...

Aquello no fue amor. Ni muchos menos un momento de debilidad. Fue un intento de defenderme del caos.

Ni siquiera pasamos al «tú».

Al cabo de un año nació nuestra hija Katia. Así fue como nos conocimos.

Yo, en calidad de marido, era lo que se dice una adquisición de dudosa valía. Me pasaba años sin un trabajo fijo. Tenía la apariencia algo turbia de un torero jubilado.

Nadie publicaba mis relatos. Cada día me volvía más y más airado y menos precavido. En el verano del setenta mis relatos viajaron a Occidente.

Empecé a frecuentar amigos extranjeros. Que se quedaban en casa hasta el alba. Bebían de buen grado vodka, acompañado de salchichón.

En la casa comunal, mi vecino Tijomírov farfullaba amenazador:

—¡Vaya amiguetes lo suyos! ¡Del tipo de Siniavski y Daniel!...^[26]

En otoño de aquel mismo año, me volvieron a citar en las radios occidentales.

A Lena no le interesaban mis relatos. La verdad es que a ella no le interesaba la actividad como tal. Su limitada visión del mundo me parecía parte integrante de su ilimitada calma.

De modo que en mi vida reinaban dos realidades enfrentadas. A la izquierda bramaba el océano del naciente inconformismo. A la derecha se extendía la imperturbable lisura de un recogido y tedioso bienestar.

Y yo me abría paso, a tropezones, por la estrecha franja que corría entre ambos océanos.

Entre tanto Lena dejó su peluquería. Se colocó en la editorial *Sovetski pisátel*^[27], de correctora. Aquello fue para mí una sorpresa. Yo ni siquiera sabía que fuera tan culta. Tampoco sabía otras muchas cosas. No las sé incluso hoy...

Al cabo de un año Lena tuvo un conflicto con las autoridades. Ocurrió así.

La editorial publicó un libro de Ajmátova; una tirada muy reducida. Los ejemplares destinados a la redacción fueron muy pocos. A algunos sencillamente no les tocó. Entre ellos a mi mujer.

Lena fue a ver al director de la editorial. Y le comunicó su queja. En respuesta, Kondrashov le dijo bajando la voz:

—No capta usted la complejidad del contexto político. La mayor parte de la edición la han mandado al extranjero. De este modo nos vemos obligados a taponar la boca a la propaganda burguesa.

—Pues tápemela también a mí —replicó Lena.

Así surgió entre nosotros una cierta comprensión mutua, la solidaridad entre dos disidentes...

Pasaban los años. Nuestra hija crecía. La niña decía refiriéndose a mi transistor japonés:

—He puesto tu «BBC» junto a la ventana...

Vivíamos pobremente, nos peleábamos a menudo. Yo perdía los estribos, mi mujer callaba.

El silencio posee un enorme poder. Habría que prohibirlo, como las armas bacteriológicas...

Yo no paraba de quejarme por la falta de perspectivas. Y Lena me decía:

—Escribe dos mil relatos. Seguro que así al menos te publican uno...

Yo en cambio pensaba: ¿Pero ésta qué dice?, ¿qué saco con que me publiquen un relato?

Y hasta me ofendía.

En vano.

Nos regíamos por magnitudes y escalas diferentes. Yo ponía el acento en la unidad. Lena en cambio apostaba por la cantidad.

Ella tenía razón. Sólo se puede vencer con la cantidad. Así lo demuestra toda la historia de la humanidad...

Yo sabía tan pocas cosas de mi mujer que no paraba de asombrarme. Me sorprendía cualquier alteración en su calma.

Un día se echó a llorar porque la habían humillado en la administración de la casa. Si he de ser sincero, hasta me alegré. De modo que había algo que podía provocar en ella alguna pasión...

Pero raras veces sucedía. Su estado imperturbable era mucho más frecuente.

En los años setenta empezó la ola de la emigración. Los amigos íntimos empezaron a marcharse. El tema suscitaba interminables conversaciones. Yo no paraba de decir:

—¿Qué se me ha perdido allí? ¡Es absurdo huir de tu propia casa! Si la literatura es un acto criminal, entonces nuestro lugar está en la cárcel...

Lena callaba. Se diría que se había vuelto aún más silenciosa.

Los días corrían entre tristes e interminables charlas en torno a la mesa, entre frecuentes despedidas y conversaciones nocturnas...

Recuerdo bien aquel día de febrero. Lena llegó del trabajo y dijo:

—¡Basta..., nos marchamos! Estoy harta...

Yo intenté replicar. Hablé de la Patria, de Dios, de las ventajas que tiene la elevada presión social que soportamos, de las gamas verbales y cromáticas... Hasta mencioné los abedules, cosa que no me perdonaré mientras viva...

Pero Lena ya estaba llamando a alguien.

Me enfadé y me marché por un mes a las Montañas de Pushkin^[28]. Al regresar, Lena me dio a firmar unos papeles. Le pregunté:

—¿Ya?

—Sí —me dijo—, está todo decidido. Ya tengo los documentos. Estoy convencida de que nos dejarán salir. Puede ocurrir en las próximas dos semanas.

Me sentí desconcertado. No pensé que todo fuera a ocurrir tan de prisa. O mejor

dicho, confiaba en que Lena intentaría convencerme.

Porque era yo quien no podía soportar el régimen soviético. Eran mis relatos los que no se publicaban. Y era casi un disidente...

Me quedé de piedra y así me mantuve hasta el último día. Realizaba mecánicamente los movimientos necesarios. Recibía y despedía a los visitantes.

Llegó el día de la partida. En el aeropuerto se reunió una multitud. Formada sobre todo por mis amigos, siempre dispuestos a beber.

Nos despedimos. A Lena se la veía completamente imperturbable. Alguno de mis parientes le regaló un zorro azabache. Aquel hocico mostrando los dientes me persiguió en sueños durante largo tiempo...

Mi hija llevaba unos horribles zapatones de producción nacional. Se la veía perdida. Aquel año estaba fea de verdad.

Luego los pasajeros subieron al autobús.

Esperamos a que el avión levantara el vuelo. Pero los aviones despegaban uno tras otro. Y no se podía saber cuál era el nuestro...

Noté el dolor de la pérdida en el camino de regreso a la ciudad. Ya en el taxi empecé a beber a gollete. El chófer me decía:

—Agáchese.

Yo le respondía:

—Que así no baja...

Desde entonces, toda mi vida cambió. Me dominó el desasosiego. Sólo pensaba en emigrar. Bebía y pensaba.

Lena nos mandaba postales. Parecían mensajes cifrados: «Roma es una ciudad grande y hermosa. Durante el día hace calor. Por la noche suena la música. Katia está bien de salud. Los precios son relativamente bajos...».

Las postales respiraban una serenidad completa. Mi madre las leía una y otra vez. No paraba de buscar algún sentimiento. Yo sabía que era inútil...

Los sucesos que siguen los expongo de forma telegráfica. Acusación de parasitismo social y de regentar un prostíbulo. Arresto domiciliario. El inspector Mijaliiov... Unas confusas palizas en el cuartelillo... Una serie de programas en la «Onda alemana»... Arresto y juicio... Nueve días en la prisión Kaliáyevskaya... Inesperada libertad... La oficina de emigración...

El coronel de la oficina me dijo en tono educado y amable:

—Debe usted emigrar. Su mujer se ha marchado y usted hace tiempo que debería haber hecho lo mismo...

Yo, por llevarle la contraria, objeté:

—No estamos legalmente casados.

—Eso es una formalidad —replicó el coronel con una amplia sonrisa—, y nosotros no somos formalistas. ¿Las quiere usted, verdad?

—¿A quién?

—A su mujer y a su hija... Pues claro que las quiere...

De este modo mi amor hacia mi esposa e hija se convirtió en un hecho. Un hecho certificado por un coronel del Ministerio del Interior...

Yo intentaba orientarme. En el mundo había dos polos reales. Uno, mío, claro y asfixiante: AQUÍ, y otro invisible y medio fantástico: ALLÁ. Aquí se extendían los inabarcables espacios de una vida atormentada entre amigos y enemigos. Allí se encontraba tan sólo mi mujer y el diminuto islote de su imperturbable calma.

Todas mis esperanzas se hallaban allá. No sé por qué motivo le estaba dando la tabarra a aquel coronel de la oficina de emigración...

Al cabo de seis semanas ya estábamos en Austria. Viena me recordaba a uno de los barrios de Leningrado. Algo parecido a lo que hay entre la Fontanka y la Sadóvaya.

El único detalle serio del paisaje urbano era el río. Un río que al tercer o cuarto día resultó ser el Danubio.

Sobre el fondo grisáceo de las calles destacaban las prostitutas. Parecían estrellas de comedias extranjeras.

Nos instalamos en el hotel Admiral. Mi madre se pasaba los días leyendo a Solzhenitsyn. Yo escribía algo para los periódicos y revistas de la emigración. En lo fundamental me extendía sobre mis inexistentes hazañas disidentes.

Para entonces Lena se había trasladado a Norteamérica. Sus cartas eran cada vez más lacónicas:

«Trabajo de mecanógrafa. Katia va a la escuela. El barrio es relativamente seguro. El propietario de la casa es un simpático anciano americano. Se llama Andrew Kovalenko».

En Austria nos quedamos hasta el verano. Viena era una etapa de tránsito entre Leningrado y América. Una distancia así, según parece, sólo se puede superar en dos saltos.

Por fin recibimos los documentos americanos. Las siete horas sobre el océano me parecieron una eternidad. Muy pocas cosas interesantes en el espacio como tal.

El avión era territorio americano. Las azafatas se mantenían distantes.

En el aeropuerto Kennedy nos esperaban unos amigos. El conocido fotógrafo Kulakov con su esposa e hijo. Después de saludarnos, en seguida se pusieron a maldecir a América.

—Cómprate un Toyota, viejo —decía Kulakov—; o mejor, un Volkswagen. ¡Los coches americanos son una mierda!...

Yo pregunté:

—¿Dónde están Lena y Katia?

Kulakov me alargó una nota:

«Instalaos. Estamos en el Club de Salud. Llegaremos hacia las ocho. Hay comida en la nevera. Lena».

Nos dirigimos a casa, en Flashing. El paisaje horizontal que nos rodeaba recordaban el envés de la estación de Moscú. Los rascacielos brillaban por su

ausencia.

Mi madre miró por la ventana y dijo:

—La calle está completamente desierta.

—No es una calle —aclaró Kulakov—, sino una *highway*.

—¿Y qué es eso? —preguntó mi madre.

—Una carretera —dije yo.

Lena ocupaba la planta baja de una pequeña casa de ladrillo. Kulakov nos ayudó a llevar la maleta. Y luego dijo:

—A descansar. En Europa ya es de noche. Mañana os llamaré...

Y se marchó.

Yo, por supuesto, no esperaba que me recibiera una delegación de escritores americanos. Pero Lena, creo, podría haber venido al aeropuerto...

Nos encontramos en un piso vacío. Había colchones en el suelo de las dos habitaciones. Ropa tirada por todas partes.

Mi madre se asomó a la nevera y dijo:

—El queso es casi como el nuestro...

De pronto sentí un terrible cansancio. Me acosté encima de la manta y encendí un cigarrillo. Los contornos de la realidad se desdibujaban.

¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Qué nos está pasando? Y ¿cómo acabará todo esto?

La nueva vida me parecía demasiado cotidiana para los grandes cambios que se habían producido.

Y pensé además:

«¿Cómo surge la intimidad humana? ¿Qué necesitan los humanos para sentirse unidos?»...

Me desperté por la mañana temprano. Tras la ventana se balanceaba una rama. Tenía a alguien a mi lado.

Pregunté:

—¿Quién es?

—Lena —me contestó una serena voz de mujer.

Y luego:

—¿Cómo has engordado! Debes hacer ejercicio por las mañanas, ir a correr.

—¿Correr, a dónde? Preferiría quedarme aquí. Confío en que pueda...

—Claro. Si nos quieres...

—El coronel dice que os quiero...

—Si es así, te puedes quedar. No estamos en contra...

—¿Qué tiene que ver el amor en eso? —pregunté.

Y luego añadí:

—El amor es cosa de los adolescentes... Esto ya no es cosa del amor sino del destino... Y, por cierto, ¿dónde está Katia?

—En el colchón, con la abuela.

Luego añadió:

—Date la vuelta.

Yo me cubrí la cara con un periódico americano.

Lena se levantó, se puso la bata y preguntó:

—¿Té o café?

En aquel momento apareció Katia. Pero ésta ya es otra historia...

CAPÍTULO XII

EN OTRO tiempo no existía en absoluto. Aunque es algo que no puedo imaginar. De hecho, ¿es posible imaginar algo antes de que exista? Luego la trajeron a casa. Un paquete rosado, inesperadamente liviano, envuelto en encajes.

Es curioso, la infancia de Katia la recuerdo peor que la mía.

Me acuerdo que estuvo muy enferma. Creo que fue una pulmonía. Se la llevaron al hospital. Allí no dejaban entrar ni a su madre ni a la abuela. La situación era más que alarmante. No sabíamos qué hacer.

Por fin me llamó el médico jefe. Era un hombre de aspecto sucio, incluso estaba bebido. El doctor me dijo:

—No se separe de su mujer y de su madre. Esté a su lado...

—¿Quiere usted decir?...

—Haremos todo lo posible —respondió el doctor.

—Deje entrar a mi mujer.

—Está prohibido —me dijo.

Llegaron unos días pavorosos. Nos pasábamos el día junto al teléfono. Aquel negro aparato parecía el principal culpable de nuestra desgracia. No paraba de llamar gente extraña y alegre. Mi madre salía de vez en cuando a la escalera para llorar.

Un día se encontró en el rellano a un viejo conocido. Era el artista Merkúriev. En otro tiempo habían trabajado juntos. Mi madre le contó nuestra historia. Merkúriev se rascó los bolsillos. Encontró una moneda de dos cópecs. Y se dirigió a un teléfono.

—Le habla Merkúriev —dijo al auricular—. Dejen entrar a Norka al hospital...

Y al momento mi madre pudo entrar a ver a su nieta. Luego también dejaron hacer guardia de noche a mi mujer. De modo que la única arma en la lucha contra el orden soviético es el absurdo...

En fin, que mi hija crecía. Fue al jardín de infancia. A veces yo iba a recogerla. Recuerdo un banco de madera. Y un montón de ropa de niño, muchas más prendas que las que llevan los mayores... Recuerdo el tacón doblado de un zapato diminuto. O cómo agarraba a mi hija por el cinturón y la zarandeaba suavemente...

Otro día íbamos por la calle... Me viene a la memoria la sensación de una palma de la mano pequeña y movediza. Incluso a través de los guantes se notaban lo

caliente que estaba.

Me asombraba su desamparo. Su debilidad en lo que se refiere al transporte, al viento... Su dependencia de mis decisiones, acciones y palabras...

Y pensaba: «¿Cuántos años va a durar todo esto?». Y me decía: «Siempre».

Recuerdo una conversación en el tren. Mi casual vecino de asiento decía:

«... Soñaba con tener un niño. Primero me dolió. Luego me acostumbré. Porque si hubiéramos tenido un niño habría capitulado. Mi razonamiento era más o menos el siguiente: yo no he logrado nada en la vida. Mi hijo conseguirá más. Yo le transmitiré la experiencia de mis fracasos. Mi hijo crecerá más fuerte y más bien encaminado. Y yo, digamos que me realizaré en mi hijo. Es decir, fracasaré en el empeño...

»Con una hija, en cambio, todo es distinto. Ella me necesita y así será hasta el final. Ella no me dejará que la olvide...».

Mi hija crecía. Ya se la veía cuando se sentaba en la silla.

Recuerdo un día que regresó del jardín de infancia. Y sin desvestirse me preguntó:

—¿Tú quieres a Brézhnev^[29]?

Hasta entonces no había tenido ocasión de educarla. La percibía como un valioso objeto inanimado. Y he aquí que tenía que explicarle algo...

Le dije:

—Sólo se puede querer a quien conoces bien. Por ejemplo a mamá, a la abuela. O, si no hay nada mejor, a mí. A Brézhnev no lo conocemos, aunque veamos a menudo sus retratos. A lo mejor es una buena persona. O tal vez no. ¿Cómo se puede querer a un desconocido?...

—Pues nuestros maestros lo quieren —dijo mi hija.

—A lo mejor ellos lo conocen mejor.

—No —dijo mi hija—, lo que pasa es que ellos son maestros. Y tú no eres más que papá.

Luego empezó a hacerse mayor muy deprisa. Me hacía preguntas complicadas. Como si adivinara que yo era un fracasado.

—¿Cómo es que siguen sin publicar nada tuyo?

—Porque no quieren.

—Escribe entonces sobre un perro.

Al parecer mi hija creía que podía escribir algo genial sobre un perro.

Entonces me inventé un cuento:

«En cierto lejano país vivía un pintor. Un día lo llama el rey y le dice:

»—Dibújame un cuadro. Te pagaré bien.

»—¿Qué tengo que pintar? —le pregunta el pintor.

»—Lo que quieras —respondió el rey—, salvo una pequeña mosquita gris.

»—¿Y todo lo demás lo puedo pintar? —se asombró el pintor.

»—Claro. Todo, menos la pequeña mosca gris.

»El pintor se fue a su casa.

»Pasó un año, otro... Y al tercero, el rey se empezó a impacientarse. Y mandó que le trajeran al pintor.

»El rey le preguntó al pintor:

»—¿Dónde está el cuadro que me prometiste?

»El pintor dejó caer triste la cabeza.

»—Responde —le ordenó el rey.

»—No puedo pintarlo —dijo el pintor.

»—¿Por qué?

»El pintor se quedó callado. Y luego contestó:

»—Porque no paro de pensar en la pequeña mosca gris...».

—¿Has comprendido lo que quiero decir?

—Sí.

—¿Y qué has comprendido?

—Se ve que la conocía bien.

—¿A quién?

—A la mosquita.

Después nuestra hija fue a la escuela. Estudiaba bastante bien. Aunque no daba muestras de grandes dotes.

Al principio, esto me disgustaba. Luego me tranquilicé. Con la gente de talento todo son desgracias en la vida...

La vida de Katia transcurría sin grandes dramas. No la maltrataban en la escuela. Yo de niño fui mucho más tímido. En cualquier caso, ella tenía la pareja de padres al completo. Y además abuela y perro.

Mi hija me trataba bien. Con un poco de compasión y otro poco de menosprecio. (No sabía arreglar la electricidad. Y, en fin, ganaba poco...).

Como todos los escolares de Leningrado, estaba bastante desarrollada. Conocía mi relación con las autoridades. Si Brézhnev salía en la tele, Katia se fijaba en mis reacciones. A veces me decía:

—¿Por qué andas desnudo?

Al parecer, físicamente yo le resultaba desagradable. Puede que así deba ser. En los críos se da este género de antipatía. (En los padres, nunca). Se le empezó a agriar el carácter. Una vez le regalé un cactus. Y le escribí estos versos:

Para nuestra hija Katia,
que es igual que este cactus.
Yo sin falta pincho y hiero
hasta a los que tanto quiero.

En el 78 emigramos. Primero se marcharon mi mujer y mi hija. Eso fue un divorcio. Aunque formalmente nos habíamos separado hacía varios años. Nos divorciamos, pero seguíamos martirizándonos el uno al otro. Aquello no parecía tener

fin.

Dicen que los matrimonios al borde del divorcio son los más estables. Pero nosotros habíamos sobrepasado aquella barrera. Mi mujer se fue a América dejándole al océano la solución de aquello que debíamos resolver nosotros.

Mi hija se fue con ella. Era lo natural. Yo me quedé con mi madre y con Glasha.

Yo no quería abandonar mi país. O mejor dicho, sabía que no era el momento.

Tenía que preparar mis manuscritos. Agotar ciertas esperanzas. O tal vez alcanzar cierto grado crítico. Llegar al nivel tras el cual empieza la locura.

Y me quedé. Mi madre se quedó conmigo. Esto también era natural.

Después de la partida de mi mujer y mi hija, los acontecimientos se desarrollaron con una velocidad cada vez más vertiginosa. Como en la novela de un escritor principiante que se apresura a escribir las últimas páginas.

Me echaron de todas partes. Me privaron de mis últimos ingresos. Yo bebía cada vez más y más.

Luego vinieron aquellas extrañas palizas en el cuartelillo de la milicia. (Las habría interpretado en clave metafísica si no se hubieran repetido en dos ocasiones). Una semana en la cárcel. Y finalmente la Oficina de emigración, la aduana, las salchichas vienasas...

Hace cuatro años que vivo en América. De nuevo estamos juntos. Aunque formalmente sigamos separados.

Mis relaciones con mi hija son las de antes. Sigo, como siempre, privado de todo aquello que la pueda seducir.

Dudo mucho de que pueda convertirme en un cantante americano. O en un actor de cine. O en un traficante de drogas. Es muy improbable que me vuelva lo suficientemente rico como para librarla de sus problemas.

Por lo demás, como antes, no sé conducir. No me intereso por el *rock*. Y lo principal, hablo mal el inglés.

No hace mucho me dijo. O mejor dicho, pronunció... ¿Cómo decirlo mejor para que se me entienda bien?... En una palabra, me llegó la siguiente frase:

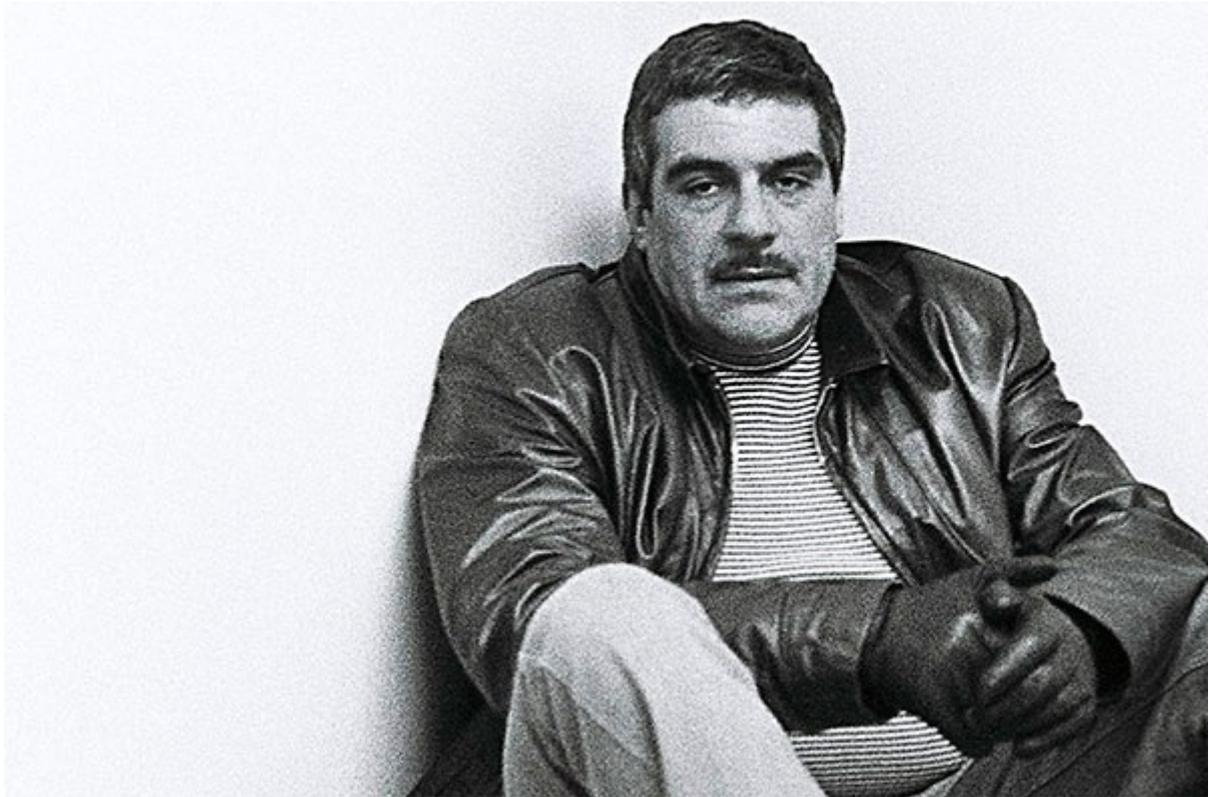
—Ahora por fin te publican. ¿Y qué ha cambiado?

—Nada —dije—, nada...

CONCLUSIÓN

TIENEN ANTE ustedes la historia de mi familia. Una historia, espero, bastante ordinaria. Sólo me queda añadir unas cuantas palabras. El 23 de diciembre de 1981 en Nueva York nació mi hijo. Un niño americano, ciudadano de los Estados Unidos. Se llama —ya ven qué cosas— míster Nicolas Dowly.

Esto es a lo que ha llegado mi familia y nuestro país.



SERGUÉI DONÁTOVICH DOVLÁTOV (Ufá, 1941 - Nueva York, 1990) escritor, cuentista y novelista ruso. Hijo de un judío y una armenia que abandonaron Leningrado durante la Gran Guerra Patria. Terminada la guerra, la familia regresó a Leningrado, en cuya Universidad Estatal estudió lengua finesa hasta que fue expulsado por sus afinidades ideológicas: se había hecho amigo del notable poeta disidente Joseph Brodsky. En castigo, pasó tres años cumpliendo el servicio militar obligatorio como guardián de una prisión militar en Komi. En aquella época empezó a escribir. Más tarde tropezaría con la censura del régimen, que le impidió publicar sus obras.

En 1978 fue expulsado de la Unión de Periodistas Soviéticos y terminó emigrando a los Estados Unidos. En Nueva York, fue redactor del periódico *El Americano Nuevo*, publicado por emigrantes judíos, y también colaboraría con la revista *The New Yorker*. Durante su exilio se editó lo más notable de su obra, doce libros que alcanzaron rápidamente un gran éxito de público; otras de sus obras se publicarían póstumamente.

Notas

[1] Una de las más altas condecoraciones militares. <<

[2] Diminutivo de Donat. <<

[3] Casa de cinematografía de Leningrado. <<

[4] «Nueva Política Económica»: época liberal en lo económico, que tras el comunismo de guerra, permitió la empresa privada. Los empresarios y comerciantes se llamaban «nepman». <<

[5] *Kulak*, campesino considerado rico, exterminado como clase o deportado con su familia a Siberia. <<

[6] General soviético que tras caer preso de los alemanes organizó un ejército contra los soviéticos, por lo que sería fusilado acabada la Segunda Guerra Mundial. <<

[7] Una de las grandes obras de la época: La transiberiana *Magistral Baikal Amur*. <<

[8] El primer jefe de la policía política bolchevique. <<

[9] Por lo común, un piso en cuyas habitaciones viven diferentes familias que comparten la cocina y el baño. <<

[10] El padre de la ciencia y de las letras modernas rusas. <<

[11] Pueblo del norte de Rusia. <<

[12] Conocido poeta y traductor. <<

[13] Drama histórico, obra de Pushkin, que concluye con esta frase del autor: «El pueblo calla». <<

[14] Conocidos actores. <<

[15] Famoso director teatral. <<

[16] Primer Secretario del Partido en Leningrado; tras su asesinato en 1934, Stalin inicia las grandes purgas. <<

[17] Sede de la dirección del Partido en Leningrado. <<

[18] Juventudes Comunistas. <<

[19] Los revolucionarios que se alzaron en diciembre de 1825; muchos de ellos fueron deportados a Siberia y sus esposas los siguieron en su destierro. <<

[20] Poesía revolucionaria del escritor. <<

[21] Algo así como «Asturias, patria querida»... <<

[22] *Portnói* en ruso es «sastre». <<

[23] Se refiere a Nikita Jruschov, por entonces el Primer Secretario General del Partido. <<

[24] «Llevar cola», verse seguido, vigilado en el argot de los delincuentes. <<

[25] Nombre completo del KGB. <<

[26] Dos escritores condenados años antes por publicar bajo seudónimo sus obras en el extranjero. <<

[27] Una de las más importantes editoriales literarias. <<

[28] Territorio de interés cultural cercano a Pskov donde se conserva el recuerdo de Pushkin: una de sus residencias y propiedades familiares, Mijáilovskoye, las de algunos de sus amigos y vecinos, así como el monasterio de Sviatogorsk donde el gran poeta ruso se halla enterrado. <<

[29] Entonces el jefe del gobierno y del Partido. <<